

Ādī Wild Ādub, *al-Īqā' fī l-Maqāmāt al-Luzūmiyya li-l-Saraqusṭī* (El ritmo en las *Maqāmāt Luzūmiyya* de al-Saraqusṭī), Dā'irat al-ṭaqāfa wa-l-i'lām, Šarḃa, Emiratos Árabes Unidos, 2006, 407 pp.

La *maqāma* andalusí ha suscitado, en comparación con la oriental, escaso eco entre críticos y lectores. Y no puede alegarse como justificación la ausencia de una obra maestra que esté a la altura de las de los orientales al-Hamaḍānī y al-Ḥarīrī, puesto que hubo una gran figura de las letras andalusíes, Abū l-Ṭāhir al-Saraqusṭī, que cultivó el género y nos legó una espléndida colección de *maqāmāt*. Tampoco puede decirse en justicia que no se haya trabajado en la fijación, edición y traducción del texto, puesto que la obra magna de al-Saraqusṭī vio la luz en forma de edición crítica, y por partida doble, en los años 1981 y 1995¹, además de haber sido traducida al español y al inglés en los años 1999 y 2003². A pesar de algunas escasas y honrosas excepciones, no ha habido apenas estudios de forma o de fondo sobre la colección de *maqāmāt* de al-Saraqusṭī, ni por parte de plumas occidentales ni árabes.

Con la idea precisamente de cubrir este hueco se publica el libro que reseñamos en estas páginas. Se trata de un estudio inicialmente concebido como trabajo de investigación de tercer ciclo dentro del equipo dirigido en la Universidad de Rabat por la profesora e investigadora Hayat Kara y que trabaja sobre literatura andalusí, en particular sobre textos en prosa. El autor del estudio es el joven investigador mauritano Ādī Wild Ādub, que ha logrado que su trabajo sea publicado en las condiciones que merece, dentro de la colección de los servicios culturales del emirato de Sharja. La mera publicación de un trabajo como éste ha de ser motivo de felicitación para los interesados en desentrañar los misterios y las bondades del legado literario andalusí.

¹ La primera es obra de Ḍayf, A., *al-Maqāmāt al-Luzūmiyya li-l-Saraqusṭī*, Alejandría, al-Hay'a al-'amma al-mišriyya li-l-kitāb, 1982, y la segunda de al-Waraglī, Ḥ, *al-Maqāmāt al-Luzūmiyya. —ta'liḥ Abī l-Ṭāhir Muḥammad b. Yūsuf al-Tamīmī al-Saraqusṭī*, Rabat, Manšūrāt 'Ukkāz, 1995.

² Traducción inglesa de Monroe, J.T., *al-Maqāmāt al-Luzūmiyya by Abū l-Ṭāhir Muḥammad ibn Yūsuf al-Tamīmī al-Saraqusṭī al-Aštarkuwī*. Translated, with a preliminary study by James T. Monroe, Leiden-Boston-Colonia, Brill, 2002. Traducción española de Ferrando, I., *Las sesiones del zaragocí. Relatos picarescos (maqāmāt) del siglo XII. Abū l-Ṭāhir, el zaragocano*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1999.

El trabajo se centra en la cuestión del ritmo (*al-īqā'*) subyacente tanto en la prosa de las *maqāmāt* como en la poesía, lo cual en nuestra opinión ha de considerarse un acierto, dado que los poemas insertos en el texto de al-Saraqustī no pueden desligarse del conjunto como si fueran meras interpolaciones aisladas. Téngase en cuenta además que, a diferencia de sus ilustres predecesores orientales (al-Hamaḍānī y al-Ḥarīrī), al-Saraqustī hace un uso abundante del verso. El estudio del ritmo parte de la diferencia entre lo que se denomina «ritmo del sonido» (*al-īqā' al-ṣawtī*) y un «ritmo del sentido» (*al-īqā' al-ma'nawī*), esto es, un ritmo formal frente a un ritmo del significado. En cualquier caso, se trata de una concepción amplia del fenómeno rítmico, no limitada a la sucesión ordenada de segmentos fónicos del discurso.

Entre los elementos que se tienen en cuenta en el capítulo dedicado al análisis del ritmo del sonido de la prosa de las *maqāmāt* está, en primer lugar, la estructura de la prosa rimada, que puede organizarse en pares de segmentos rimados o hemistiquios, pero también en tripletas, cuartetos, sextetos y hasta octetos. El autor analiza a continuación la longitud de cada uno de los segmentos, tratando de poner en claro las pautas rítmicas preferidas por al-Saraqustī. Otro elemento a tener en cuenta es, naturalmente, el tipo de rima elegido, que se ajusta, y hasta desborda, a la exigencia denominada *luḏūm mā lā yalzam*, es decir, ampliar a dos, tres, y en ocasiones más, las consonantes que se repiten en las palabras portadoras de la rima. Otros elementos que son analizados concienzudamente por el autor son el paralelismo en la estructura morfológica de las palabras de un segmento a otro, la rica explotación de las amplias posibilidades del sistema de derivación morfológica del árabe (*īṣṭiqāq*), y el uso de rimas internas añadidas a la rima final de cada segmento combinadas con paralelismos morfológicos entre los segmentos (*tarṣī'*, *tadbīy* y *tawṣīḥ* son los términos escogidos por el autor). La impresión del lector al finalizar el capítulo es la de haber recibido clara y extensa información sobre las diferentes técnicas utilizadas por al-Saraqustī para marcar el ritmo del sonido en su obra. Sin embargo, en este punto sería más que deseable hacer una comparación, siquiera breve, con el ritmo detectado en las *maqāmāt* de sus dos predecesores orientales, a fin de destacar los rasgos propios del ritmo del autor andalusí. Del mismo modo, puede decirse que una mayor precisión en el estudio estadístico de algunos elementos, especialmente el de la longitud de los segmentos de la prosa rimada, habría conducido a fijar mejor los parámetros rítmicos de las *maqāmāt luḏūmiyya*.

El siguiente capítulo está dedicado al análisis del ritmo del sentido en la prosa de al-Saraqustī, y es quizá el capítulo central del trabajo, con una extensión cercana a las cien páginas. En él se analizan distintos parámetros, casi siempre desde una óptica de oposición o contraste dialéctico entre dos polos: lo aparente y lo oculto, bromas y veras, voz y silencio, presencia y ausencia, realidad y ficción, lo lícito y lo ilícito, oriente y occidente, entre otras estructuras bipolares que favorecen un juego de contrastes que es precisamente la base del ritmo del sentido en la obra. El análisis del autor del estu-

dio es sugerente, rico y profundo en ocasiones, aunque se agradecería un mayor esfuerzo de síntesis tras la detallada exposición de motivos literarios que conforma el capítulo.

En cuanto al análisis del ritmo en la poesía de al-Saraqusṭī, coincidimos con Ādī Wild Ādub en destacar que, al contrario de lo que puede verse en otros autores de *maqāmāt*, la poesía desempeña un papel importante en la obra de al-Saraqusṭī, y no sólo porque es más abundante, sino también porque forma parte de la estructura narrativa, y no es mero adorno, artificio o cita erudita. Antes de entrar en el análisis rítmico, el autor de este estudio trata la cuestión de la calidad de la poesía de al-Saraqusṭī, la mayor parte de la cual se conserva precisamente en el texto de las *maqāmāt*. Tras exponer ideas de otros críticos que ven en esta poesía algo frío, técnicamente impecable pero carente de sentido poético auténtico, tal como defiende en varios trabajos J.T. Monroe, Ādī Wild Ādub se inclina por situar la poesía de al-Saraqusṭī en las *maqāmāt* a medio camino entre la auténtica poesía de calidad y la meramente artificiosa.

Los elementos fundamentales que conforman el ritmo del sonido en la poesía son dos. En primer lugar, la métrica (*‘arūd*), donde al-Saraqusṭī se muestra profundamente renovador. Aquí radica probablemente uno de los mayores aciertos del análisis de Ādī Wild Ādub, que en la página 309 nos ofrece un cuadro estadístico de los metros utilizados por al-Saraqusṭī, en el que se pone de manifiesto su visión revolucionaria de la métrica, que consiste en relegar los metros más en boga en la casida tradicional, como pueden ser el *ṭawīl*, el *basīṭ* en su versión completa, o el *wāfir*, a favor de otros mucho menos usados como *muṣṭatt*, *sarī’* y *jaṣṭif*. Quizá el autor del análisis podría haber ligado este carácter renovador de la métrica usada por al-Saraqusṭī, que invierte los moldes tradicionales, con el espíritu subversivo y revolucionario, esos ingredientes de crítica social que laten en el fondo de la narración, y que tan acertadamente han sido estudiados por Monroe en varios de sus trabajos³. Habría que decir, por lo tanto, que al-Saraqusṭī es innovador en la forma y en el fondo, que sus *maqāmāt* no son un mero ejercicio de virtuosismo artístico.

El segundo elemento a considerar en el ritmo del sonido en la poesía es, naturalmente, la rima, incluyendo la consonante base (*rawī*) y sus vocales. El autor del trabajo observa en este apartado que al-Saraqusṭī es más fiel al método denominado *luṣūm mā lā yalzam* en la prosa de las *maqāmāt* que en la poesía, donde se observan más excepciones y más casos de rima con una sola consonante. En cualquier caso, se pone de manifiesto el vivo interés de al-Saraqusṭī por la musicalidad de las rimas, para las que elige preferentemente consonantes sonoras, de acuerdo con el cuadro estadístico de la página 335.

³ Véase en especial el análisis de cuatro *maqāmāt* en el estudio previo a la traducción inglesa de Monroe, 36-80.

El ritmo del sentido en la poesía sugiere a Ādī Wild Ādub un análisis similar al efectuado con la prosa, es decir, a un juego de contrastes entre conceptos opuestos, con especial incidencia en el contraste entre el viaje y la estancia, o nomadismo y sedentarismo (*tarḥāl* e *iqāma*) y entre predestinación y fatalismo frente al libre albedrío.

En conclusión, puede decirse que el análisis realizado por Ādī Wild Ādub es coherente y riguroso, en ocasiones brillante, pone acertadamente de relieve los méritos artísticos de las *maqāmāt* de al-Saraqstī, y nos confirma que son algo más que un bello envoltorio. A modo de sugerencia, nos gustaría indicar que al estudio le falta el componente «externo». Es decir, que muy bien podrían haberse evidenciado los rasgos distintivos fundamentales de la obra del autor andalusí estableciendo una comparación, siquiera breve, con las obras de sus predecesores orientales, lo que habría servido para remarcar la originalidad de al-Saraqstī y su verdadero valor.

IGNACIO FERRANDO

ANDERSON, Glaire D. and ROSSER-OWEN, Mariam (eds.), *Revisiting Al-Andalus. Perspectives on the Material Culture of Islamic Iberia and Beyond*, Leiden-Boston, Brill, 2007, 303 pp., 22 fotografías en color.

En el origen de *Revisiting Al-Andalus* está el encuentro organizado en 2002 por la Middle Eastern Studies Association of North America (MESA) titulado “Al-Andalus: A Decade of New Research on the Art and Archaeology of Islamic Spain”. Este coloquio, en el que participaron investigadores españoles, norteamericanos e ingleses, permitió exponer algunas de las aportaciones recientes más interesantes en el campo del arte y la arqueología de al-Andalus.

El libro recoge doce artículos agrupados temática y cronológicamente en cinco partes. Una primera parte, “Architecture and Urbanism in Umayyad Córdoba”, está dedicado a la arquitectura y el urbanismo en la Córdoba Omeya, con los artículos de Antonio Vallejo Triano (“Madīnat al-Zahrā’: Transformation of a Caliphal City”), Antonio Almagro (“The Dwellings of Madīnat al-Zahrā’: a Methodological Approach”) y Glaire D. Anderson (“Villa (*munya*) Architecture in Umayyad Córdoba: preliminary Considerations”). La segunda parte, “Reading the Regency” está consagrada al período ‘amirí, con textos de Mariam Rosser-Owen, sobre la iconografía de las pilas de mármol de los palacios de Almanzor (“Poems in Stone: the Iconography of ‘Āmirid Poetry, and its ‘Petrification’ on ‘Āmirid Marbles”), y de Cynthia Robinson, sobre la Arqueta de Pamplona (“Love in the Time of Fitna: ‘Courtliness’ and the ‘Pamplona’ casket”). La tercera parte se ocupa de la época almohade, “Uncovering Almohad Iberia”, y recoge los trabajos de Julio Navarro Palazón y Pedro Jiménez sobre urbanismo (“Evolution of the

andalusi Urban Landscape: from the Dispersed to the Saturated Medina”) y de Rebecca Bridgman sobre cerámica (“Re-Examining Almohad Economies in South-western al-Andalus through Petrological Analysis of Archaeological Ceramics”). Hay que señalar que las editoras del libro utilizan el término “Iberia” para referirse a la península en época islámica (incluyendo Portugal), si bien su definición es equivalente a “al-Andalus”, el nombre usado por la mayor parte de los colaboradores. La cuarta parte está dedicada al período posterior a la conquista cristiana y a la colonización de América, “Conquest and Colonisers: Al-Andalus and Beyond in the Sixteenth Century”. En ella, Antonio Orihuela estudia las casas andalusíes en Granada tras la conquista (“The Andalusí House in Granada, Thirteenth to Sixteenth Centuries”), Camila Mileto y Fernando Vegas, los cambios arquitectónicos que se producen en la Alhambra en época cristiana (“Understanding Architectural Change at the Alhambra”) y María Judith Feliciano, las cerámicas virreinales del siglo XVI, haciendo una interesante incursión en la transferencia cultural de la Península a América Latina (“Sixteenth-Century Viceregal Ceramics and the Creation of a Mudéjar Myth in New Spain”). La última sección recoge las aportaciones de Kathryn Ferry sobre Owen Jones (“Owen Jones and the Alhambra Court at the Cristal Palace”) y de Jennifer Roberson sobre las mezquitas en la España de hoy (“Visions of al-Andalus in Twentieth-Century Spanish Mosque”), única aproximación al arte de carácter religioso.

La idea del libro es, según indican las editoras, las doctoras Glaire D. Anderson y Mariam Rosser-Owen, hacer un balance (inevitablemente parcial, por los límites de la publicación) de las investigaciones sobre arte andalusí diez años después de la publicación del catálogo de la exposición *Al-Andalus: el arte de la España Islámica*, celebrada en 1992 en Granada y Nueva York. Aquella exposición y aquel catálogo, coordinado por Jerrilyn Dodds, marcaron el despegue definitivo de los estudios sobre el arte de al-Andalus, tanto fuera como dentro de la península. Desde entonces, y gracias al interés despertado en la sociedad y en las instituciones públicas y privadas, han sido numerosos los acercamientos al pasado material islámico español. Sirva como ejemplo de ello la creación, en 1995 por la Junta de Andalucía, de la Fundación El Legado Andalusí, con la pretensión de difundir el patrimonio cultural andalusí desde la divulgación y el turismo cultural. En esa década, múltiples intervenciones arqueológicas y restauraciones han contribuido no sólo a redescubrir y conservar ese pasado sino a profundizar en el conocimiento de la cultura material del período. El número de exposiciones también se ha multiplicado dentro de España (véase “El Esplendor de los Omeyas cordobeses”, celebrada en Córdoba, en 2001) e incluso fuera (“Les Andalousies de Damas à Cordoue” en el Institut du Monde Arabe de París, en 2000). A ello se suma el gran número de investigadores españoles y extranjeros (alemanes, franceses y anglosajones) que han abordado el tema de al-Andalus desde disciplinas diversas. En el terreno del arte andalusí ha

sido fundamental y enriquecedora la incorporación a su estudio de los historiadores del Arte.

En los últimos años también asistimos a la apertura de nuevas líneas de investigación de la cultura material andalusí. Hay que destacar, en primer lugar, que se ha superado la consideración del arte de al-Andalus como algo singular y único, que tendía a segregarlo del contexto general del arte islámico, desligándolo en muchos casos del arte del Islam oriental y de otras culturas mediterráneas como Bizancio. Es necesario, en todo caso, seguir ahondando en este aspecto. También se han realizado trabajos que intentan dar una visión de conjunto y menos formalista de la cultura material, analizando globalmente los datos aportados por arqueólogos, historiadores y filólogos de manera aislada. Por último, algunos especialistas han planteado desde una perspectiva nueva y utilizando fuentes diversas las relaciones entre el arte de la España cristiana y de al-Andalus, antes y después de 1492, dejando a un lado las etiquetas, demasiado reductoras y simplistas, del “Mudéjar” y de “las Tres Culturas” (pp. xxxi, xxxiv), capítulo éste en el que, acertadamente, insisten las editoras en la introducción. No obstante, como se apunta también en la presentación, es estimulante saber que quedan muchos caminos por explorar y por agotar: la cultura material del Emirato, las relaciones e intercambios con el Mediterráneo oriental en distintas épocas, la relación del arte con el entorno sociocultural, los personajes relacionados con el mecenazgo artístico, etc.

Como puede apreciarse en el índice, los trabajos escogidos abarcan un período amplio, del siglo X al siglo XXI. Los enfoques son, asimismo, variados y van desde la Historia del Arte, la Arquitectura o la Arqueología hasta el análisis científico de los materiales. En algunos casos son estudios interdisciplinarios en los cuales entran en juego diferentes ramas del conocimiento (literatura, historia, economía) y técnicas científicas (como la química o fotogrametría) con el fin de proporcionar a las obras un contexto mucho más amplio que permita comprender mejor cómo, por qué, por quién y para quién fueron realizadas.

En el libro se da un gran protagonismo a la arqueología y la arquitectura, dos de los instrumentos que han contribuido más decididamente al avance de los conocimientos sobre la cultura material andalusí. En los últimos años son de especial relevancia los trabajos llevados a cabo en los conjuntos de Córdoba y Madīnat al-Zahrā', Granada y el palacio de la Alhambra o el Alcázar de Sevilla, por citar los más sobresalientes. A. Vallejo, A. Almagro y A. Orihuela dejan constancia en el libro de sus aportaciones más recientes en este campo. J. Navarro y P. Jiménez, por su parte, se centran en el tema del urbanismo, foco de atención de sus últimas publicaciones.

Algunos de los artículos recogidos en este volumen sirven para corroborar la importancia que tiene el análisis de los textos árabes en las investigaciones sobre cultura material. La contribución de G. Anderson sobre las alminas levantadas en torno a la capital omeya es una buena muestra. Si bien

se trata de un instrumento delicado y no siempre plausible, que hay que usar con precaución como expone A. Vallejo en su artículo, el recurso a las fuentes escritas es absolutamente fundamental para profundizar en el conocimiento de la cultura andalusí en sus diversas manifestaciones. En este sentido, hay que recordar la ingente y valiosa labor de edición, traducción y estudio de las fuentes árabes de todo tipo que se está llevando a cabo en España, una labor impulsada, entre otros, por el Instituto de Filología del CSIC (desde 2008, Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo —ILC—) y por la Fundación Ibn Tufayl (dirigida por Jorge Lirola y José Miguel Puerta). Precisamente es éste uno de los campos por explorar: el uso de textos árabes diferentes a los históricos, que hasta ahora han sido los más utilizados por los historiadores del arte y la arqueología. Como se han encargado de mostrar algunos trabajos recientes, la poesía, la filosofía, las fuentes biográficas, jurídicas y religiosas o los escritos de carácter oficial y público son, asimismo, una fuente inagotable de información sobre el arte andalusí. Queremos recordar, en este punto, la valiosa aportación de José Miguel Puerta Vílchez al ámbito de la estética árabe y andalusí así como a los conocimientos sobre la Alhambra, obras que inexplicablemente no aparecen citadas en el apartado bibliográfico.

En el libro se recogen dos artículos, de M. Rosser-Owen y C. Robinson, donde la literatura ayuda a interpretar algunos objetos de época ‘āmīrī, como las pilas de mármol y los marfiles, así como el entorno social al que éstos estaban reservados, el círculo cortesano. En ambos casos la poesía panegírica de tiempos de Almanzor proporciona al investigador valiosa información sobre el contexto cultural y político de los objetos, no sólo para comprender el origen de sus formas sino para saber cómo debían ser interpretados por los destinatarios. Nos parece muy atractiva la idea propuesta por Rosser-Owen sobre la petrificación de los *nawriyyāt* (o panegíricos florales) y de los poemas dedicados a Almanzor sobre las pilas realizadas para los jardines palatinos. Más difícil de demostrar es, sin embargo, la vinculación de una pieza concreta a un hecho preciso, como hace la autora en el caso de la pila conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. C. Robinson, por su parte, sitúa la Arqueta de Leire en el escenario político y cultural del final del Califato. Sobre el arca se plasmó, en su opinión, un programa visual inspirado en imágenes poéticas de la literatura cortesana, con un mensaje claramente legitimador de la familia ‘āmīrī.

Nuevas técnicas científicas han entrado en juego en el análisis de ciertas obras y algunos materiales. Las reconstrucciones o recreaciones virtuales (A. Almagro) y la fotogrametría (C. Mileto y F. Vegas) son recursos muy útiles para la lectura e interpretación de los espacios arquitectónicos y sus transformaciones. La contribución de Rebecca Bridgman muestra los interesantes resultados extraídos del análisis químico de la cerámica almohade a la hora de establecer su origen y estudiar la economía del período. De manera similar, M.J. Feliciano examina las cerámicas de lujo (sobre todo lozas dora-

das de tradición andalusí) llegadas desde España a los virreinos del Nuevo Mundo en el siglo XVI y analiza las repercusiones económicas, sociales y estéticas que dichos objetos tuvieron en aquellas tierras.

Decíamos que el volumen llega hasta el siglo XXI. La última parte del libro recoge dos interesantes aportaciones sobre la herencia artística andalusí en los tiempos contemporáneos; más exactamente, sobre la apreciación de ese pasado islámico y su uso por parte de los arquitectos modernos. Como resalta Kathryn Ferry, Owen Jones realizó en el siglo XIX una labor pionera en la recuperación arqueológica de la arquitectura nazarí y en su divulgación por Europa desde presupuestos científicos y no románticos. Jennifer Roberson aprecia una creciente visibilidad de los lugares de culto musulmán en la sociedad española actual, lo que ha permitido una renovación del lenguaje artístico. Es interesante observar cómo los arquitectos de las nuevas mezquitas de Madrid y Granada no recurrieron exclusivamente a la tradición andalusí sino que introdujeron elementos del arte islámico universal. En todo caso, parece que el entorno social y la coyuntura política han influido directamente en la selección de unas determinadas formas arquitectónicas: bien para camuflarse con el entorno urbano, como la mezquita del barrio de Tetuán en Madrid (2001), bien para rememorar las formas andalusíes y, en cierta medida, legitimar así la nueva presencia del Islam en España, como sucede en la del Albaicín de Granada (2003).

El hilo conductor del libro pretende ser, según sus editoras, mostrar de qué manera las obras artísticas sirven para comprender los cambios y los condicionantes sociales, económicos y culturales de los grupos humanos que las crearon. En definitiva, la información que esos objetos y edificios proporcionan sobre los mecenas, los destinatarios, los artífices, sobre su función y sobre los mensajes que transmitían. Son las cuestiones a las que tratan de responder los historiadores del arte aunque en muchas ocasiones una parte de ellas quede sin contestación. Cuando paseamos por un palacio como *Madīnat al-Zahrā'* o La Alhambra es inevitable preguntarse cuál fue la función de los salones, habitaciones y patios que vemos, por qué son así y no de otra manera, qué significado tiene su decoración..., pero aún estamos lejos de contestar con seguridad a esas preguntas en apariencia simples, como señala A. Almagro en su análisis de la ciudad palatina omeya. Nos hemos de conformar a menudo con fórmulas tan ambiguas como las de «zonas públicas», «áreas de recepción», «zona de servicios», «viviendas» o «habitaciones privadas». En los últimos años algunos investigadores han avanzado respuestas más concretas y coherentes a estas cuestiones, sugiriendo un uso de los espacios diferente al que proponían las explicaciones más tradicionales y, no obstante, mucho más plausible. En todo caso, falta mucho por hacer. En este sentido, el trabajo de A. Almagro abre sugestivos interrogantes sobre la función de algunos de los espacios de *Madīnat al-Zahrā'* como por ejemplo el singular Patio de los Pilares. G. Anderson hace lo propio con las almunias que se levantaron en torno a la

capital omeya, apuntando algunas ideas sobre su posible origen, tipología arquitectónica y función.

La necesaria selección de textos ha dejado fuera temas como la epigrafía, la numismática o las obras religiosas (a excepción de las mezquitas modernas). En este último caso, las editoras justifican su ausencia porque consideran que los estudios religiosos no son una condición «*sine qua non* de una publicación sobre cultura material andalusí» (pp. xxx-xxxí). Los argumentos esgrimidos para hacerlo nos parecen, sin embargo, algo forzados. Creemos que nada tiene que ver el estudio del arte de carácter religioso con conceptos como el de «convivencia religiosa» entre judíos, cristianos y musulmanes y con el hecho de que se haya abusado de la visión estereotipada de ésta en los últimos años, algo en lo que estamos de acuerdo con las autoras. Nos parece fundamental (aunque, evidentemente, no imprescindible en toda publicación sobre arte andalusí) examinar el arte y la arquitectura religiosos para comprender, tratándose de una sociedad musulmana, esos cambios socioculturales de los que se hablaba más arriba. También en este tema se impone una renovación de las vías de análisis y una visión más amplia de los fenómenos religiosos y su fuerte influencia sobre el arte, pasos que ya dio la investigación en otros ámbitos del Islam y que aquí comienzan a darse.

Es de agradecer, en definitiva, que en el libro se intenten abordar los temas con puntos de vista renovados. Los artículos proponen nuevos enfoques, algo de particular valor e interés en el caso del arte nazarí y del período posterior a la conquista, y algunos lo hacen desde atractivas aproximaciones pluridisciplinares que abren perspectivas inéditas en el estudio de la cultura material de al-Andalus.

SUSANA CALVO CAPILLA

ARNOLD, Felix (con contribuciones de Lorenzo Cara Barrionuevo, Patrice Cressier y Natascha Kubisch), *Der islamische Palast auf der Alcazaba von Almería*, Instituto Arqueológico Alemán (colección *Madriдер Beiträge*, 30), Reichert Verlag, Wiesbaden, 2008, 290 pp., ilustr.

La arquitectura áulica andalusí tiene en el gran conjunto de la Alhambra su último, más bello, mejor conservado y más «universalmente» conocido ejemplo. Dimensiones, complejidad, cronología tardía y belleza han contribuido, sin duda, a su conservación y a su conocimiento. Frente a la «gran joya» de Granada, los demás palacios de lo que fue al-Andalus aparecen como «eclipsados» o desplazados a «segundas filas» no sólo desde el punto de vista de ese «conocimiento universal», en el que hay que incluir el turístico (todo un cajón de sastre), sino también del científico: no cabe duda de que la Alhambra es el que más títulos y de más diversa calidad ha generado y sigue generando.

Pero al-Andalus «fue mucho al-Andalus», y sus habitantes tejieron en ese diverso fragmento peninsular y a lo largo de agitadas centurias todo un fascinante encaje. Dicho de forma menos cursi: la cultura material andalusí fue, por lo que vamos sabiendo de ella, cuantitativamente enorme y de no menor calidad. La arquitectura palacial se inscribe en ese marco, con ejemplos bien documentados desde la época omeya a la nazarí. El presente volumen se ocupa de un ejemplo concreto y le hace merecida justicia.

Autorías y contenidos: aunque lomo y portada, lo primero que ve el lector, remiten tan sólo a Felix Arnold (igual que los catálogos de librería que han llegado de momento a mis manos), la portadilla anuncia, en tipos más reducidos, las “contribuciones” (*Beiträgen*, plural del vocablo que da título a la colección) de Lorenzo Cara Barrionuevo, Patrice Cressier y Natascha Kubisch, tres conocidos estudiosos muy vinculados científicamente a Almería y su Alcazaba. El contenido es ya plenamente revelador: tras un prólogo de Arnold (pp. IX-X) y un índice de abreviaturas bibliográficas (pp. XI-XII) viene el «cuerpo» del libro en sí: “I. La Alcazaba de Almería como monumento. Investigación, patrimonio y restauración”, por Cara (pp. 1-23, figs. 1-5 y láms. 1-5); “II. Die Architektur”, por Arnold (pp. 25-165, figs. 6-69, tablas 1-14, láms. 6-17, 11 planos en bandera y un gran desplegable en la solapa); “III. La Alcazaba de Almería en época cristiana”, de nuevo por Cara (pp. 167-99, figs. 70-74 y láms. 18-19); “IV. Chapiteaux, bases et tailloirs de monuments islamiques d’Almería”, por Cressier (pp. 201-49, figs. 75-84, tablas 15-16 y láms. 20-31); y “V. Las yeserías islámicas”, por Kubisch (pp. 251-88, figs. 85-93, tabla 17 y láms. 32-46). En las pp. 289-90 se presentan los créditos de las ilustraciones, que cierran la parte de «texto»; a continuación vienen las láminas y los planos. Como bien se ve, se trata de una obra colectiva en toda regla, donde cada autor firma una contribución (o dos) presentada como auténtico capítulo, sin que nada quede relegado a mero apéndice. La suma es una amplia panorámica no sólo del palacio de la Alcazaba, sino de toda ésta junto con importantes detalles de otros monumentos (o restos de monumentos) islámicos de Almería. Las razones de las señaladas primacías de Arnold y las del restrictivo título han de buscarse, amén de en un mayor volumen y “peso específico” de su capítulo en el conjunto, en el proceso de la génesis de la monografía como culminación de un proyecto suyo propio dentro del Instituto Arqueológico Alemán, órgano centralizador de la investigación a la vez que editor.

Cara, arqueólogo-conservador del Conjunto Monumental de la Alcazaba de Almería, traza en su primera contribución una esclarecedora historia del yacimiento y, lo que es tanto o más importante para la comprensión de lo que hoy se ve, de las intervenciones desarrolladas en él a lo largo del siglo XX y en 2001. No me resisto a transcribir su último párrafo: «Por lo tanto, la idea constructiva primó sobre la rehabilitadora a lo largo de la historia del monumento, plasmándose en el propósito de “enriquecer” una fortaleza con el antiguo esplendor de un palacio. Reconocer que el monumento que

hoy conocemos es deudor de esta tradición metodológica y de este proceso restaurador será el primer paso para darle contenido histórico real» (p. 23).

Arnold, arquitecto autor de una cuidada documentación de los restos del palacio de la Alcazaba de Almería entre octubre de 2001 y julio de 2003, da amplia y bien ilustrada cuenta de los resultados de su estudio, que pueden resumirse en el establecimiento de cinco fases constructivas que se escalonan desde la construcción del palacio en sí (1014-1028, bajo el dominio del ré-gulo taifa Jayrān) hasta una fecha imprecisa entre 1238 y 1522, amplio pe-ríodo este último que por fuerza tuvo que contemplar obras diversas, al me-nos de creación y restauración de jardines. Esto sin contar con lo que había «antes del palacio», la muralla urbana y la alcazaba de ‘Abd al-Raḥmān III (955-56) y la fortificación hecha por al-Ḥakam II (964). La tabla 12 (p. 127) ilustra con un golpe de vista este desarrollo cronológico, lo mismo que la fi-gura 52 (p. 128). Quien quiera seguir el desarrollo de estas fases (explicadas paso a paso y del conjunto a los detalles, incluido un apartado sobre las téc-nicas constructivas), y la interpretación de sus restos a la luz de los paralelos conocidos, deberá leer el profundo y documentado texto y observar los cla-ros y precisos dibujos (figuras y planos), que comprenden estados actuales (con el apoyo suplementario de las láminas), propuestas visuales de recons-trucción y una buena documentación de esos paralelos.

En su segundo capítulo, Cara da pormenorizada cuenta de «un complejo defensivo poco conocido y peor estudiado, sobre el que apenas se pueden co-lectar noticias dispersas en unos pocos autores» (p. 167). Son muy signifi-cativos los tres planos que figuran al final de su contribución (figuras 72-74): la Alcazaba en los siglos XVI, XVII y XIX, respectivamente.

Cressier, investigador del CNRS, se aplica a una de sus especialidades: el estudio de elementos sustentantes, en este caso no sólo capiteles, sino tam-bién cimacios y basas —por ese orden, que como se ve no es el que se sigue en el título del capítulo—. Su procedencia dista de ser única y clara, sino que hay tres posibilidades: la Alcazaba, la mezquita aljama de Almería y las ca-sas del barrio de la Chanca (p. 202). El repertorio de capiteles, sin duda las piezas más significativas, abarca una cronología que se extiende desde la época visigoda a la almohade. Los cimacios, por su parte, «datan globalmen-te de fines del s. X a los del XI» (p. 232). En cuanto a las basas, abarcan simi-lar espectro cronológico (siglos X y XI), salvo una de ellas, que sólo puede ser encuadrable «en época islámica» (p. 237 y tabla 16). Un apartado acerca de “Los monumentos islámicos de Almería y sus soportes” (pp. 242 y ss.) cierra el estudio de un interesante conjunto, más de la mitad del cual estaba por completo inédita hasta ahora.

Kubisch, investigadora relacionada con el Instituto Arqueológico Ale-mán, se ocupa «de unos 295 fragmentos [de yeserías] pertenecientes a la propia alcazaba y de unos 236 procedentes de las excavaciones que realizó L. Torres Balbás entre los años de 1934 al 1936 (?) en la iglesia de San Juan de la misma ciudad, donde se supone estaba situada la mezquita mayor de

Almería (siglo x/xi)» (p. 251). Variada colección cuyos motivos más típicos son minuciosamente dibujados, descritos y estudiados. Kubisch concluye que «aunque la mayoría de las yaserías almerienses, estilísticamente, pueden ser clasificadas dentro del arte *ṭā'ifa*, hay algunas piezas muy destacadas de tiempos posteriores, como por ejemplo unas almohades (...) y otros fragmentos nazaríes» (p. 283).

Hay que felicitarse por la publicación de este libro, que como todos los del Instituto Arqueológico Alemán hace alarde de calidad material dentro de la clásica sobriedad que debe caracterizar toda publicación estrictamente científica. También dice mucho a su favor el que se presente en tres lenguas, casi la de cada uno de sus autores. «Casi» porque la española no es la nativa de Kubisch, cuyo texto lo denota bien a las claras, aunque muchos quisiéramos para nosotros un nivel de alemán equivalente. Quién sabe por qué su magnífico estudio de las yaserías islámicas almerienses no fue revisado cuidadosamente, mano a mano con la autora, por un arqueólogo hispanófono y buen conocedor del español y el alemán.

Una obra, en suma, que vuelve a proyectar Almería y su Alcazaba en el panorama internacional de la investigación sobre al-Andalus; esfuerzo hecho mediante una pluridisciplinar colaboración franco-germano-hispana (por orden alfabético) en el conocimiento de un monumento sobre el que «las autoridades» se han volcado, con variada fortuna, a lo largo de los últimos cien años con vistas a lograr su valoración, y con ella la de «una ciudad pobre e incomunicada» (p. 5), por tanto injustamente marginada. Con ello se ha dado un paso más en la profundización y difusión del saber general acerca de esa arquitectura cuyo sempiterno paradigma es la Alhambra, pero cuyo desarrollo a través el tiempo y el espacio está jalonado de ejemplos que es necesario tener en cuenta si se aspira a una noción cabal de la Historia, el estudio del devenir del ser humano, sus hechos y circunstancias.

JUAN A. SOUTO

EDSON, Evelyn y SAVAGE-SMITH, Emilie, *Medieval Views of the Cosmos: Picturing the Universe in the Christian and Islamic Middle Ages*, Oxford, Bodleian Library (University of Oxford), 2004, 128 pp.

Nos encontramos ante un pequeño libro prácticamente sin notas y con escasa bibliografía de consulta pero extraordinariamente didáctico. La obra presenta la visión que del Cosmos se tenía en la Edad Media, tanto en la tradición islámica como en la cristiana, especialmente de la Tierra, alrededor de la cual giraba el Universo conocido. La primera parte, dedicada a la esfera celeste, ocupa una tercera parte del libro y acaba con un pequeño capítulo para el microcosmos, mientras que de la Tierra tratan las dos terceras partes restantes, terminando con un capítulo sobre viajes de comercio, peregrina-

ciones, etc. Es decir, que cada sección concluye con la exposición de la relación del tema tratado con el hombre.

La primera parte de la obra se estructura en una introducción general (“The Medieval Cosmos”, pp. 9-20) y cuatro capítulos (“Greek and Roman Heritage”, pp. 22-29; “Science in the Islamic Regions”, pp. 30-43; “Twelfth-Century European Renaissance”, pp. 44-45 y “Microcosm/Macrocosm”, pp. 46-48). Esta composición permite comparar las dos tradiciones y las vías por las que les llegó el conocimiento del cosmos.

A la segunda parte, centrada en la Tierra, los autores le dedican los ocho capítulos restantes siguiendo la misma alternancia (“The Geographical Inheritance from Antiquity”, pp. 49-56; “Medieval Western Geography”, pp. 58-60; “Medieval Islamic Geography”, pp. 61-66; “Mapping the Earth in the European Middle Ages”, pp. 67-74; “Medieval Islamic Mapping of the World”, pp. 75-81; “Medieval Islamic Regional Mapping”, pp. 85-95; “Regional Mapping in Medieval Europe”, pp. 99-109 y “Travellers and Traders”, pp. 112-16). Hay que destacar que las referencias a la cartografía náutica europea, donde realmente destaca la influencia de la cartografía árabe anterior, son extraordinariamente reducidas, limitándose a Vesconte y dejando prácticamente de lado toda la producción catalano-mallorquina y casi toda la italiana y la árabe y turca, exceptuando a Pir’i Re’is, obviando desde la carta anónima magrebí a la importantísima producción de al-Šarafi.

Eso se debe, a mi entender, a que la obra, especialmente la segunda parte, se dedica en gran medida al manuscrito al que titulan en inglés *Book of Curiosities*, una obra originada en Egipto durante la primera mitad del siglo XI que parece ser la excusa sobre la cual se ha construido todo el andamiaje del libro. El manuscrito original se titula *Kitāb Garā’ib al-funūn wa-mulāḥ al-’uyūn*, aunque sistemáticamente en el libro solamente se da la traducción inglesa de éste y de la totalidad de los títulos árabes. Según la página web que le han dedicado (www.bodleian.ox.ac.uk/bookofcuriosities), la Bodleian Library compró el manuscrito en el año 2002 y consideró la compra como una adquisición extraordinaria, al dar por hecho que se trataba de la única copia completa de esta obra, que los autores datan a finales del XII o principios del XIII. Sin embargo, esto no es del todo cierto, ya que el manuscrito de la Bodleian contiene únicamente 2 de los 5 capítulos de los que consta el libro original. El capítulo 1, dedicado al Cielo, y el 2, a la Tierra. Los capítulos restantes tratan sobre caballos, camellos y caza. Se daba por supuesto, además, que parte de esta obra estaba perdida, aunque, de hecho, existen cinco copias, parciales y faltas de ilustraciones, conservadas en El Cairo, Milán, Oxford, Mosul y Argel. Por otra parte, no solamente el manuscrito no es único, sino que además existe una copia completa del libro, fechada en *rabī’ al-awwal* del año 972H (1564), hoy en la Biblioteca al-Asad de Damasco, aunque originariamente se conservaba en la Biblioteca Waqfiyya de Alepo, según una nota que nuestro colega Lutfallah Gari mandó al *listserv* de la International Commission on the History of Science and Technology in

Islamic Societies en enero de 2008. Según la mencionada nota, el manuscrito de Alepo constaría de 201 folios distribuidos de la siguiente manera: Capítulo I (10 secciones); II (25); III (4); IV (19) y V (21) y, además, parece que contendría una quincena de mapas y diagramas astronómicos.

E. Savage-Smith, J. Johns y Y. Rapoport estudiaron con detalle la copia comprada por la Bodleian Library y el resultado de su trabajo se reflejó en la anteriormente mencionada página web, muy completa y de gran utilidad, en la cual se puede consultar la totalidad del texto y las imágenes, además de un índice de referencias, etc.

El libro que aquí nos ocupa contiene abundantes ilustraciones, diagramas, mapas, etc., muchos de ellos a color. La ventaja que podría aportar el hecho que los diagramas e ilustraciones que contienen textos árabes hayan sido duplicados para ofrecer su traducción al inglés queda algo limitada porque, a menudo, únicamente se ofrece una idea aproximada o parcial del texto y no la traducción exacta. Habría resultado útil que esto se especificara puesto que puede llevar a confusión a los lectores que desconocen la lengua árabe. Sin embargo, hay que decir que la gran profusión de imágenes clarifica aún más la exposición.

Hay que lamentar, por otra parte, que junto a muy bienvenidos elementos desmitificadores, como la demostración de que el concepto de la no-esfericidad de la tierra no era medieval sino que se trató de una atribución del siglo XIX (p. 67), se sigan introduciendo algunos errores y tópicos comunes, como por ejemplo la afirmación de que los requerimientos de la religión fueron una de las causas más importantes del desarrollo de la astronomía y las matemáticas (p. 19), que las Tablas de Toledo de coordenadas geográficas (sic) fueron compiladas por Azarquiel en base a extensivas observaciones astronómicas (p. 47), o que las cartas de navegar raramente se usaban en los barcos (p. 114), entre otras muchas. También se echa en falta algo más de concreción y detalle. Por ejemplo, al hablar del *Almagesto* se mencionan los múltiples comentarios a que dio pie pero no las críticas, que a la postre fueron mucho más importantes, pues iban a iniciar el camino del diseño de los nuevos modelos planetarios, que tendría su máximo exponente en Maraga antes de pasar a Copérnico, quien daría el vuelco definitivo cambiando el sistema geocéntrico por el heliocéntrico, pero basándose en los modelos islámicos anteriores (p. 31). Resulta muy interesante ver al respecto los distintos trabajos que George Saliba y Jamil Ragep han dedicado al tema. Finalmente, sobran algunas afirmaciones no demostradas, como el atribuir la autoría del mapa circular de al-Idrīsī (XII), tantas veces repetido en la cartografía árabe y europea posterior, al anónimo autor del *Book of Curiosities*. Si bien es cierto que los autores fechan esta obra en la primera mitad del XI, no lo es menos que la copia de la Bodleiana sería, también según los autores, de finales del XII o principios del XIII y bien podría el copista haber introducido materiales nuevos, más aún tratándose de la obra de un geógrafo tan importante. Así pues, antes de proceder a una afirmación como ésta sería necesaria

rio, entre otras muchas cosas, estudiar los anteriormente mencionados manuscritos de la misma obra que al parecer los autores del librito desconocen.

Por otra parte, la visión en general es forzosamente sesgada ya que la mayoría de los ejemplos, por no decir todos, proceden de la cartografía inglesa o de la conservada en manuscritos de Oxford.

Sin embargo, y a pesar de los pequeños problemas mencionados, atribuibles básicamente a la brevedad de la publicación, hay que convenir que se trata de un libro muy interesante que ofrece un completo panorama del tema que se propone tratar de manera didáctica y clara.

MERCÈ COMES

MAZIANE, Leila, *Salé et ses corsaires (1666-1727). Un port de course marocain au XVII^e siècle*, Caen, Presse Universitaire de Caen, 2007, 366 pp.

L'origine de ce texte est une thèse de doctorat en histoire, soutenue à l'université de Caen en 1999, sous la direction du professeur André Zysberg, qui fait la préface.

En conformité avec les exigences d'une thèse, cette recherche a été menée à partir des sources documentaires et archivistiques abondantes, aussi bien marocaines qu'européennes (essentiellement françaises et espagnoles); elle s'appuie aussi sur une bibliographie exhaustive et spécialisée. D'un point de vue méthodologique le travail allie l'analyse qualitative et quantitative d'un phénomène souvent confiné dans sa perception et la terminologie servant à son étude, aux appréciations événementielles et idéologiques.

L'ouvrage est composé de dix chapitres, regroupés autour de trois grands axes : les conditions de la réussite de la course salétine, les moyens matériels et humains qui ont permis cette réussite et les opérations corsaires ainsi que les résultats économiques de la course.

La première partie du livre est consacrée à la part de l'histoire et de l'espace géographique. L'auteur a voulu mettre en perspective la naissance du phénomène corsaire dans la ville de Salé en cherchant une explication dans la conjonction des difficultés causées aux côtes marocaines par le déclin du commerce saharien et la faiblesse du contrôle politique sultanien sur la région du Bouregreg. En cherchant une définition à la course salétine, l'auteur n'a pu faire l'économie d'un développement sur la question, mais a eu l'intelligence de ne pas s'enliser dans l'éternelle confrontation entre course et piraterie, guerre sainte (*jihād*) et croisade maritime. Par contre l'analyse des caractéristiques de la société salétine, de la population, du rôle des morisques et des *hornacheros*, de la ville avec ses vieux quartiers et sa partie nouvelle et de la position de Salé dans l'espace côtier marocain, permettent de mieux comprendre la fortune de la ville au XVII^e siècle.

Le retour aux origines historiques de l'activité corsaire sur les côtes atlantiques marocaines depuis la fin du moyen âge, permet à l'auteur de reconstituer les différentes phases de l'activité corsaire marocaine à l'époque moderne et de bien mettre en valeur la période centrale de son étude (1666-1727). La course ibérique a généré des réactions locales et un contre armement corsaire. L'ouverture sur l'économie maritime est une nouvelle réalité pour les régions atlantiques du pays. L'abandon de plusieurs présides par les portugais a libéré les potentialités maritimes marocaines. Salé peut maintenant disposer de toute une série de ports d'appuis pour mener à bien ses activités corsaires. La réussite de Salé s'expliquant par le fait d'avoir su faire de l'embouchure du Bouregreg un port non seulement défendu naturellement par la barre atlantique, mais aussi par les fortifications qui surplombent le port, celles de Salé le vieux et de Salé le neuf, en rapport avec tout le système défensif côtier. Cette ville bicéphale a vu son dynamisme s'accroître grâce à l'afflux des expulsés morisques, souvent plus fortunés que les populations locales, et le développement de son caractère cosmopolite : maures, *hornacheros*, morisques, juifs ibériques, « chrétiens islamisés », marchands européens ... Une population qui passe de trois à quatre milles à la fin du XVI^e siècle à 20000 habitants un siècle plus tard. Ce sont là les atouts de la course salétine.

Dans le second chapitre, Maziane passe en revue les moyens de la course à Salé. Cette activité est devenue un secteur d'entraînement des potentialités économiques de la ville. La construction et la réparation navale ont donné à la course une assise technique capable d'entretenir une flotte importante. La mise à profit du savoir technique des populations immigrées et/ou captives a permis à Salé de faire l'économie de la formation de cette main d'œuvre au départ. Le recours à l'étranger pour l'approvisionnement en certaines pièces et matières premières était indispensable et rentrait dans le jeu diplomatique, à la fois des corsaires et du royaume chérifien. La croissance de la flotte jusqu'au milieu du XVII^e siècle témoigne de l'importance de ce secteur qui atteignit 60 unités entre 1626 et 1637 ; mais les changements intervenus après, firent que jusqu'en 1714 la moyenne des unités descendit jusqu'à 20 et 10. Cette flotte corsaire issue essentiellement des chantiers navals de la ville était aussi alimentée par les prises. Dans son ensemble la marine de Salé était à la fois adaptée aux besoins de la course, essentiellement océanique ; mais elle porte aussi la marque de l'époque. Les navires longs et les galères étaient toujours présents ; mais le plus grand nombre d'unités est composé de vaisseaux. Souvent rapides, ces bâtiments étaient aussi équipés de l'artillerie nécessaire et avaient des équipages nombreux. Une flotte qui a réussi à tracer par ses parcours un espace maritime s'étendant depuis les côtes marocaines, où un chapelet de ports relayaient Salé ou servaient de refuges à ses combattants, aux Canaries, jusqu'en Islande, en ricochant sur les côtes africaines, européennes et même américaines. Sans oublier que la course de Salé trouvait dans les autres villes corsaires du Maghreb, Alger,

Tunis et Tripoli, un soutien logistique et des possibilités pour avoir des points de départs ou de replis.

Une activité corsaire de cette importance, supposait l'existence d'un milieu d'armateurs puissant et permanent. Au début du XVII^e siècle les mises de fonds étaient assurées par de privés : « agents de l'État » fortunés, andalous, *hornacheros*, marchands juifs... Ces financements pouvaient se faire à titre individuels ou sous formes d'associations. Mais à partir des années 1671 l'État chérifien voulant contrôler le secteur de la course s'imposait comme le principal puis le seul entrepreneur. La mort de Mūlay Ismā'il en 1727, désorganisa le secteur et la course privée ne reprit jamais sa force d'antan. Le quasi monopole de l'État fut fatal à l'activité corsaire. En plus des moyens financiers la course de Salé s'appuyait sur des moyens humains importants : des équipages de qualités et de grand baroudeurs. Au début du XVII^e siècle les équipages étaient formés essentiellement par des morisques, des « islamisés » et des captifs ; mais petit à petit le recrutement local devint majoritaire particulièrement après 1666, voir exclusif vers 1723. La course créa un véritable bassin d'emploi régional autour de Salé. Les navires du Bouregreg étaient réputés pour avoir un ratio moyen effectif/tonnage de l'ordre de 1.57 à 1.7 hommes par tonneau au début de la deuxième moitié du XVII^e siècle. C'était un des points forts de la course salétine. L'appel de la fortune et de la gloire jouèrent dans l'attraction de la main d'œuvre. Il faut relever aussi que le prestige acquis par certains acteurs, notamment des grands rais, renforçait cette attraction. Des noms comme celui de Morat Rais, Abdallah Ben Aïcha ou El Cortobi défrayèrent la chronique tant sur un plan local que dans les milieux maritimes et diplomatiques européens.

Dans la dernière partie de l'ouvrage l'auteur essaie de faire un bilan économique de la course à Salé. Le travail des corsaires est marqué par son caractère aléatoire et risqué, tout en obéissant à un certain nombre de contraintes. Les campagnes corsaires sont essentiellement une activité de la belle saison c'est-à-dire n'occupant les professionnels qu'une partie de l'année. Le reste du temps se passait dans les préparatifs, entre autre celui d'obtenir des autorisations de faire la course, des « laisser-passer ». Les corsaires préfèrent les embuscades et la chasse aux affrontements frontaux, doivent être toujours à l'affût de renseignements et d'opportunités. Une fois en mer, la vie à bord, frugale d'habitude est dominée par l'esprit de corps, l'inquiétude sur le sort du navire et de ses passagers impose à ces équipages malgré leur hétérogénéité la rage de la survie et du combat.

Ces sentiments peuvent être compensés par un bon butin. La répartition des prises à Salé rappelle ce que l'on trouve dans les autres pays maghrébins : 10% à l'État, 45% à l'entrepreneur, 43% pour le rais et l'équipage, 1% pour les saints patrons de la course et 1% pour l'entretien du port. Après 1666, l'État a eu tendance à accaparer plus de 50% de gains des prises. Il a finit par tuer la poule aux œufs d'or.

La course est une activité à risques. Les naufrages, être pris à son tour, mais aussi la contre course, sont là pour rappeler que c'est la contrepartie des gains fabuleux occasionnels. A partir de la deuxième moitié du XVII^e siècle les campagnes de contre course des pays européens par phases successives finissent par causer beaucoup de dommages à la course de Salé. Sans arrêter la course, ces campagnes européennes qui deviennent parfois de véritables campagnes militaires et des blocus ne peuvent qu'accroître l'aspect dégressif des gains de ce secteurs tant à Salé qu'ailleurs.

Appréhendée d'un point de vue urbain et régional, la course apparaît à Salé comme un secteur clé de l'économie de la ville comme de la région. Dans une ville moyenne comme Salé, 4000 emplois dépendants directement (équipages, ouvriers au sol...) de la course est un poids énorme sur la structure socioprofessionnelle de la cité. En ajoutant le commerce des prises et toute l'activité marchande qui en découle ce poids devient déterminant. Parmi les domaines les plus rentables du commerce de course on trouve le rachat des captifs. Toute « une économie de la rançon » s'est développée autour de cette activité. Ce commerce implique aussi bien les armateurs, que les marchands, les intermédiaires religieux ou laïcs, les diplomates... Il met en branle des réseaux financiers locaux et internationaux ; mais il ne rend pas la captivité à Salé plus tendre qu'ailleurs!

L'ouvrage est illustré de plans, de cartes, de graphiques et de tableaux. Nous avons là un beau livre, qui ne peut que faire plaisir aux historiens et aux amateurs des affaires maritimes. L'ouvrage de Leila Maziane prend place parmi les meilleures monographies sur la course maghrébine et mérite de figurer parmi les titres de référence sur la question.

SADOK BOUBAKER

NAVARRO PALAZÓN, Julio y JIMÉNEZ CASTILLO, Pedro, *Siyasa. Estudio arqueológico del despoblado andalusí (ss. XI-XIII)*, Escuela de Estudios Árabes de Granada (CSIC), 2007, 375 pp.

En el año 1981 comenzaron las excavaciones arqueológicas en el yacimiento andalusí de Siyasa, precedente de la actual y cercana ciudad de Cieza, en la Comunidad Autónoma de Murcia. Aparte de algunas intervenciones que se realizaron en un basurero y en el cementerio, los trabajos se centraron en el interior del recinto amurallado, quedando al descubierto una trama urbanística de gran interés, compuesta por varias calles y un conjunto de 19 viviendas en un estado de conservación excepcional. Corresponden, evidentemente, a la última fase en que la ciudad estuvo habitada, fechada entre la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII. La investigación arqueológica tuvo también una proyección extensiva aplicada en el territorio circundante, como la localización de alquerías y el estudio de los regadíos.

Al-Qanṭara (AQ) XXX 1, enero-junio 2009, pp. 271-307 ISSN 0211-3589

Se trata de un libro de fácil lectura y bien ilustrado que, frente a lo que se podría pensar, no se presenta como la tradicional “memoria” de excavación al uso, llena de referencias descriptivas del proceso de los trabajos. En absoluto se hace referencia, por ejemplo, a niveles estratigráficos o unidades estratigráficas, que indudablemente se registrarían mediante el sistema metodológico que se emplearía en la excavación. No se presentan matrices estratigráficas que pueden resultar muy llamativas como resultado de un trabajo aparentemente bien realizado, pero que, en última instancia, sólo las entiende, única y exclusivamente, el que las ha realizado. El puro afán de aparentar un rigor metodológico —imprescindible, por supuesto— y en ocasiones el no tener muy claros los objetivos de una excavación, tienden a llevar a muchos arqueólogos a realizar trabajos no siempre necesarios y a presentar luego unos resultados con todo un aparato crítico muy aparente —los recursos informáticos lo posibilitan— que en muchos casos sirven para muy poco. El arqueólogo tiende a primar su formación técnica en detrimento de su papel de historiador que nunca debe olvidar.

El libro vendría a ser como la primera parte de una monografía de mayor entidad que tendría tres partes: una primera trataría de la historia y del poblamiento de Siyasa (que ya se recoge en este libro); en una segunda se analizaría la arquitectura y en una tercera los objetos recuperados, temas que ya se abordan en esta obra, aunque en un futuro habrían de ser analizados de una manera más detallada y más completa.

La obra se inicia con un prólogo del profesor Pierre Guichard en el que, aparte de valorar los resultados arqueológicos y novedosos de Siyasa, también señala algunas consideraciones sobre el poblamiento de Šarq al-Andalus que él ha estudiado. Hace especial hincapié en resaltar a este yacimiento como un magnífico exponente de la arquitectura residencial andalusí.

Son muy diversos los temas que los autores abordan a lo largo del libro, de los cuales nos centraremos en los que consideramos como más significativos por el aporte que suponen. En lo que fue la organización y el aprovechamiento del territorio circundante, hacen especial hincapié en la agricultura, posiblemente el principal recurso de los habitantes de Siyasa. Realizan el estudio hidráulico siguiendo los planteamientos que en su momento propuso Miquel Barceló: las huertas son el resultado de la opción de una comunidad y de la previsión de sus necesidades, por lo que contienen el código social del grupo constructor, es decir, que los espacios hidráulicos son una fuente histórica.

Siyasa se presentaría como ejemplo de un asentamiento caracterizado por su ubicación en altura, con la yuxtaposición de una fortaleza y de un caserío. En el trazado viario del caserío se aprecian algunas formas rectilíneas, aunque, para los autores, «lo que conocemos del urbanismo de Siyasa nos permite calificarlo de irregular. Este tipo de trama se caracteriza por la ausencia de un ordenamiento general y global del callejero y del parcelario y es propia de los núcleos en los que no existe una intervención directa, plani-

ficadora, de poderes externos a la comunidad». Se trataría, por tanto, de un ejemplo de asentamiento creado de una forma “espontánea”, a partir de la decisión de los propios pobladores, en el cual la autoridad del estado se inhibe en la organización del espacio. La aplicación sobre éste de ciertos criterios ordenadores, puede dar una morfología de una cierta regularidad que no tiene por qué ser el reflejo de un intervencionismo estatal como se ha querido ver en otros casos. El modelo tradicional de casa islámica vertebrada en torno a un patio central, cuadrado o rectangular, es, para los autores, «un elemento fundamental en la formación del paisaje urbano y otro de los factores que contribuye a que siempre exista una cierta ordenación y regularidad, incluso en los asentamientos espontáneos. Si la célula del tejido urbano es una forma geométrica, es normal que las secundarias que se generan a partir de ella, conforme se adosan nuevas casas a las fundacionales, sean también de tendencia regular».

El análisis de la evolución urbana de la ciudad se elabora teniendo como referente la teoría sobre la evolución de las ciudades islámicas que los propios autores plantearon en su momento (“Sobre la ciudad islámica y su evolución”, en *Estudios de Arqueología dedicados a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia*, Murcia, 2003, pp. 319-381). Para el caso de Siyasa consideran que el condicionante topográfico no fue el más significativo, pues su urbanismo, en su formación y evolución, estuvo mediatizado por las reglas fijadas por el derecho musulmán. Su objetivo -partiendo del principio de que el urbanismo islámico es siempre un fenómeno de carácter dinámico- es comprobar si en el caso que analizan se cumplieron rigurosamente los principios generales del *fiqh* o si por el contrario estuvieron flexibilizados por la costumbre local (*urf*). En definitiva, contrastar la información jurídica con la arqueológica proporcionada por las excavaciones.

De todo este análisis se concluye que, en el momento de su máximo apogeo, poco antes de la conquista castellana de 1242, ciertos sectores de Siyasa estarían en una fase de expansión, dado que todavía quedaban espacios intramuros sin construir. Por el contrario, otros se encontraban con evidentes signos de saturación debido al fraccionamiento que se había producido del parcelario, al crecimiento en altura y a la invasión de algunas calles. Sin embargo, no se han localizado indicios para considerar que se hubiese iniciado la fase del desbordamiento fuera de la muralla.

Aunque los estudios de demografía histórica para el mundo andalusí son siempre arriesgados, los autores consideran que en Siyasa habrían existido unos 787 hogares, lo que vendría a suponer, teniendo en cuenta diversos criterios de otros investigadores (cada vivienda habitada por una célula conyugal de seis individuos por media en cada una), un total de 4.722 habitantes. Tras la conquista castellana el lugar se abandonaría pronto por sus nuevos ocupantes, incapaces de mantenerlo con un mínimo funcionamiento, y decidieron buscar otro asentamiento: un lugar llano, en la margen opuesta del río Segura, donde muy posiblemente existiría una antigua alquería. Ese lugar es

el que actualmente ocupa la ciudad de Cieza. El abandono de un lugar por otro existente en su proximidad —a raíz de la ocupación cristiana—, es un fenómeno que ya se ha detectado en otros casos en la zona murciana.

La arquitectura residencial de Siyasa es objeto de un minucioso estudio, tanto en lo referente a los materiales constructivos como a las diversas técnicas que se emplearon. Es un ejemplo de una arquitectura tardía que se puede fechar en el siglo XII y primera mitad del XIII. Cada una de las principales partes de las viviendas es analizada, destacando tal vez como más novedoso el cuarto de abluciones. Ello nos lleva a considerar que a partir de ahora, habría que comprobar si en las viviendas de otros yacimientos excavados también existieron los cuartos de abluciones, los cuales, en tal caso, parece que han podido pasar desapercibidos pues en ningún otro lugar, que sepamos, se ha hecho referencia a los mismos.

Especial interés presenta el análisis de la decoración arquitectónica, basado en la gran abundancia de restos de yeserías conservados pertenecientes a diferentes épocas. Esta variedad de yeserías en Siyasa es uno de los aspectos que más ha llamado la atención de este lugar para adjudicarle una entidad de ciudad, sin reparar, como señalan los autores, en otros aspectos que ponen en duda tal apreciación. Éstos consideran que «la decoración arquitectónica en este medio es un reflejo pobre de las que se venía realizando en las ciudades, pues siempre que se dispuso de los materiales necesarios, se construyó y decoró siguiendo los patrones marcados por los centros urbanos».

La cerámica y el vidrio recuperados en los trabajos arqueológicos son objeto de un minucioso estudio, aunque falta el de otros materiales, como metal o hueso, los cuales, como los propios autores indican, serán objeto de una posterior monografía. Es significativo señalar, como ya recoge P. Guichard en el prólogo, la ausencia de hallazgos numismáticos islámicos, ya observada en otros yacimientos andalusíes. Lo cual no deja de ser sorprendente en una economía, como la de al-Andalus, considerada como fuertemente monetarizada. Sin embargo, lo que muy posiblemente estaba ocurriendo en la actividad cotidiana, como ya hemos comprobado nosotros en Vascos, es que, más que monedas completas, circulaban monedas fraccionadas, es decir, pequeños trocitos de monedas, en ocasiones completamente minúsculos, muy difíciles de detectar a simple vista en el proceso de excavación. Por eso, si se cribasen con minuciosidad las terreras de muchos yacimientos excavados, es muy posible que esto se comprobase y que nuestra perplejidad sobre la sorprendente ausencia de monedas en los yacimientos andalusíes tuviese una explicación.

Nos encontramos ante una monografía que unifica y amplía considerablemente todo lo que ya conocíamos con anterioridad sobre el despoblado de Siyasa. Un lugar que, a pesar de todos los resultados arqueológicos obtenidos, todavía sigue manteniendo dudas sobre su auténtico carácter —urbano o rural— pues las escasas referencias documentales tampoco son muy

explícitas a este respecto. Como señalan los autores, «es innegable que existen aspectos de su realidad material que podríamos inducir a creer en su naturaleza urbana, nos referimos al tipo de casa, a su decoración y a la extensión del caserío; sin embargo, su examen detallado no permite alcanzar conclusiones definitivas. Más bien, vemos cada día más indicios que nos llevan a percibirla como un asentamiento rural hipertrofiado, y desde esta óptica habría que explicar su irrelevancia en el registro textual». Consideraciones que se podrían aplicar a otros casos conocidos del ámbito de Šarq al-Andalus y que podrían llevar a plantearse una revisión en el uso del término “ciudad” o “madina”, tal vez empleado de una manera no siempre suficientemente rigurosa y precisa.

Los futuros trabajos que se puedan realizar en el lugar podrán corroborar o desmentir las hipótesis que los autores plantean en este libro, que supone un aporte muy significativo a la afortunadamente cada vez más copiosa historiografía andalusí en la que la arqueología ya ocupa un lugar destacado.

RICARDO IZQUIERDO BENITO

SALICRÚ I LLUCH, Roser, *El Sultanato Nazarí de Granada, Génova y la Corona de Aragón en el siglo XV*, Col. Divulgativa Collectanea Limitanea, 56, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2007, 366 pp.

Este volumen que recoge siete trabajos anteriores de la autora ofrece un panorama representativo de las investigaciones llevadas a cabo sobre las relaciones político-diplomáticas y comerciales de las potencias mercantiles de Génova y la corona de Aragón con el reino nazarí de Granada —sultanato, prefiere denominarlo la autora, otros emirato, en este caso se opta por reino—, y la presencia comercial de las comunidades catalanoaragonesas y genovesas en el territorio granadino durante el siglo xv. Los textos seleccionados, cuya referencia está perfectamente detallada al final de los mismos, proceden de colaboraciones en congresos, revistas y obras colectivas de carácter internacional.

Como se desprende de las palabras de la autora y de la lectura del volumen, los trabajos recopilados son el resultado de una ardua labor de investigación en diferentes archivos, en particular el Archivo de la Corona de Aragón y el Archivio di Stato di Genova, de cuyo material da sobradas muestras en los ricos apéndices documentales ya presentes en los originales. El conjunto se muestra coherente en el contenido, según una distribución de artículos establecida para mostrar diversos argumentos sobre la cuestión, y profundiza en aspectos que entroncan inevitablemente con su tesis doctoral, saliendo a la luz a lo largo de una década (1997-2007) en distintos momentos de la trayectoria investigadora de Roser Salicrú. El libro tiene el valor añadido de incluir la traducción al castellano de los tres originales editados

en catalán, dos trabajos publicados en Génova y difíciles de encontrar, la corrección de los errores encontrados en los originales y la actualización de las citas que en el momento de la publicación estaban en prensa. A su vez consigue vertebrar el conjunto y darle la originalidad que lo diferencia de una simple recopilación de textos, gracias sobre todo a la disposición del contenido, el estilo homogéneo dado a las citas bibliográficas y las llamadas en notas a los mismos trabajos seleccionados que entrecruzan de esta manera los datos aportados en diferentes momentos de su investigación y enriquecen así la reflexión sobre la evolución historiográfica de tan apasionante sujeto histórico.

Los dos primeros textos nacen de la investigación llevada a cabo en los archivos genoveses y demuestran que el empleo de material documental de carácter político-diplomático contribuye de forma sustancial a modificar la percepción de la presencia de comunidades extranjeras en el territorio granadino, en este caso el colectivo ligur y en particular siguiendo el enrarecimiento de los contactos entre Génova y Granada que la autora intuye bien a lo largo del siglo xv. Estos trabajos que conforman una unidad temática son “Génova y Castilla, genoveses y Granada. Política y comercio en el Mediterráneo Occidental en la primera mitad del siglo xv (1431-1439)”, donde Roser Salicrú consigue demostrar que la imagen de contactos pacíficos entre Génova y Granada resulta poco realista, por no decir falsa, ante los numerosos datos relativos a desavenencias e intereses encontrados, derivados de las luchas internas granadinas y de la reanudación de las hostilidades entre el reino de Castilla y Granada en la década de los treinta; el segundo trabajo va en esta línea, “La embajada de 1479 de Pietro Fieschi a Granada: nuevas sombras sobre la presencia genovesa en el sultanato nazarí en vísperas de la conquista castellana”, mostrando el deterioro de la situación de los genoveses en Granada debido al incumplimiento de las cláusulas acordadas en el anterior tratado: ambos trabajos redundan en la inestabilidad de las relaciones granadinoligures en dos momentos concretos del siglo xv.

A continuación viene otra unidad temática en la que la autora reflexiona sobre la presencia en el reino nazarí del colectivo catalanoaragonés junto al genovés, en continua pugna en el espacio mercantil común del territorio granadino. Aun así, se pueden realizar tres subdivisiones de este coherente conjunto. El tercer y el cuarto trabajo se centran de forma preferente en la penetración de los súbditos de la corona de Aragón en el reino nazarí, por un lado “La tregua de 1418 con Granada: la recuperación de la tradición catalanoaragonesa”, que marcó un cambio en el modelo de treguas entre los dos Estados, documento que inserta la autora, y por otro “La presencia comercial catalanoaragonesa en el sultanato de Granada durante el reinado de Alfonso el Magnánimo”, donde se reivindica la presencia en el reino nazarí de la comunidad mercantil catalanogenovesa —catalanes, mallorquines, valencianos—, eclipsada ante la mayor atención prestada a los comerciantes genoveses y la ausencia de monográficos sobre la cuestión. El siguiente trabajo

puede ser tratado de forma aislada, “Manifestaciones y evolución de la rivalidad entre Génova y la Corona de Aragón en la Granada del siglo xv, un reflejo de las transformaciones de la penetración mercantil”, ya que a tenor de las reflexiones realizadas sobre la actuación de genoveses y catalanoaragoneses en aguas granadinas, dentro del fenómeno de la piratería, surgen sabrosos datos, aunque parciales debido a su origen documental, relativos a las actividades mercantiles nazaríes en el Mediterráneo occidental bajo dominio islámico.

Las dos últimas publicaciones constituyen dos estados de la cuestión elaborados con objetivos diversos en diferentes momentos, “La Corona de Aragón y Génova en la Granada del siglo xv” (1999) y “¿Repensando Granada? Presencia y penetración diferencial cristiana en el sultanato nazarí en la Baja Edad Media” (2007), donde la autora, incidiendo con derecho propio en las innovaciones aportadas, valora la presencia de los colectivos mercantiles extranjeros en Granada durante el bajomedioevo, en particular las comunidades catalanoaragonesa y genovesa, prestando especial atención al papel desempeñado en la articulación del comercio exterior granadino. Al final del volumen se reúnen las referencias bibliográficas que aparecen a lo largo de sus páginas, contribuyendo a mejorar una obra imprescindible para conocer la evolución histórica e historiográfica de los contactos diplomáticos y comerciales entre Granada, Génova y la corona de Aragón en el siglo xv.

ANTONIO PELÁEZ ROVIRA

SAMSÓ, Julio, *Astronomy and Astrology in al-Andalus and the Maghrib*, Variorum Collected Studies Series 887, Ashgate, Aldershot, 2007, 12 + 11 + 16 + 33 + 7 + 19 + 29 + 26 + 27 + 37 + 25 + 9 + 13 + 20 + 15 + 5 + 26 + 4 + 23 pp.

Este libro, como todos los volúmenes del Variorum Collected Studies Series, recopila una serie de artículos publicados en diversas revistas sin darles nueva paginación, para no alterar las posibles referencias, pero ordenándolos siguiendo la numeración romana para su mejor identificación. En este caso, el volumen, que agrupa una serie de artículos de Julio Samsó sobre astronomía y astrología en al-Andalus y el Mágreb publicados entre los años 1994 y 2004, se ha dividido en tres partes, las dos primeras dedicadas a cada uno de los ámbitos geográficos a que se refiere el título, es decir al-Andalus y el Mágreb, y la última a un tema que en cierta manera los relaciona: la introducción de la astronomía alfonsí en el mundo árabe.

La parte dedicada al primer ámbito, es decir a al-Andalus, agrupa siete artículos. Samsó dedica el primero de ellos, “A Social approximation to the History of Exact Sciences in al-Andalus” (I), a David King. Los orígenes de este artículo se encuentran en una conferencia impartida en Fráncfort en el

marco del homenaje que sus discípulos ofrecieron a King con motivo de su sesenta cumpleaños. Se trataba de un tema impuesto en el que el autor creía poco y sin embargo el artículo resulta ser un excelente estado de la cuestión de la historia social de las ciencias exactas en al-Andalus y punto de partida de otros que se han venido escribiendo a continuación por otros miembros del Área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Barcelona.

En el segundo artículo “Maslama al-Majrīṭī and the Star Table in the Treatise *De mensura astrolabii*” (II), Samsó apoya la teoría de Kunitzsch que relaciona los primeros textos latino-catalanes sobre el astrolabio con los tratados de la escuela de Maslama sobre este instrumento y presenta nuevas pruebas procedentes del estudio del tratado *De mensura astrolabii*. Sin embargo, en este trabajo, interpreta que la latitud, que coincide en la mayoría de los casos con la mediación, se mide en la graduación del círculo de Capricornio en lugar de en la eclíptica. Según Samsó, la tabla de estrellas del tratado, que Kunitzsch considera que forma parte del Typen III (P. Kunitzsch, *Typen von Sternverzeichnissen in astronomischen Handschriften des zehnten bis vierzehnten Jahrhundert*, Wiesbaden, 1966) está relacionada con el Typen XI y derivaría de una hipotética tabla de la escuela de Maslama compilada en Córdoba después del año 978, la fecha del Typen I. Ambas tablas, la del tratado *De mensura astrolabii* y la de Maslama, cuidadosamente recalculadas figuran en forma de apéndice.

A continuación siguen tres artículos publicados en colaboración, siendo el primero de ellos el que firma conjuntamente con M. Castells, titulado “Seven Chapters of Ibn al-Āffār’s lost *zīj*” (III), donde se presentan seis capítulos y la parte final de otro pertenecientes a los cánones del *zīj* perdido de Ibn al-Āffār. Estos capítulos se conservan en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, escrito en árabe pero con caracteres hebreos, con características comunes al judeo-árabe. Los capítulos conservados tratan de los eclipses del sol y la luna; de su uso en la determinación de las longitudes terrestres, constituyendo una de las descripciones más completas de dicho uso, precisamente de la mano de un alumno de Maslama el introductor del Meridiano de Agua andalusí, que tan buenos resultados dio y que surgió del cálculo de la diferencia de longitud entre Córdoba y Arín mediante la observación de un eclipse; de la paralaje lunar; de la ecuación del tiempo y de la determinación del ascendente y el cálculo de las casas. El artículo termina con un anexo en el que se presenta el facsímil del texto hebreo y su transcripción a caracteres árabes.

El segundo, “Ibn al-Zarqālluh on Mercury” (IV), en el que colabora H. Mielgo, presenta el método utilizado por Azarquiel para diseñar el deferente de Mercurio y se plantea la posibilidad de que Azarquiel usara este modelo para sus tablas o la determinación del apogeo de este planeta, sin llegar a demostrarlo. Lo más novedoso del artículo es el análisis de la terminología alfonsí del *Libro de las láminas de los siete planetas*, es decir del ecuatorio, traducción del tratado de construcción de este instrumento, una obra hoy

perdida de Azarquiel, con respecto a la forma elíptica del mencionado deferente, que resulta ser traducción literal de los términos técnicos árabes, que no aparecen sin embargo en el tratado de uso del mismo autor que sí se conserva.

En “World Astrology in eleventh-century al-Andalus: the Epistle on *Tasyīr* and the Projection of Rays by al-Istijī” (V), artículo que firma con H. Berrani, se trata la introducción en al-Andalus de las dos técnicas astrológicas anunciadas en el título, habituales, por otra parte, en el oriente islámico. El *tasyīr* pretende establecer el tiempo que falta para que se produzca determinado acontecimiento y la proyección de rayos, consiste en calcular e interpretar los rayos de influencia que, según los astrólogos, lanzan los planetas y otros elementos significativos. Estas dos técnicas han sido objeto de estudios recientes realizados por miembros del Grup Millàs Vallicrosa, que completan la presente aportación. Los textos andalusíes han sido editados por J. Samsó y H. Berrani (tratado de al-Istīyī) y J. Casulleras (tratado de Ibn Mu‘āḍ al-Jayyānī). La tesis doctoral de M. Díaz (2008) estudia la repercusión de estas técnicas en textos astrológicos magrebíes.

Sigue a continuación el artículo “Al-Bīrūnī en al-Andalus” (VI). En él, ante la opinión bastante generalizada de que al-Bīrūnī (973-1048) no se introdujo en la Europa latina porque no se conoció en al-Andalus, a través del cual iban a llegar la mayor parte de las traducciones, Samsó plantea la hipótesis, que suscribo plenamente, y da abundantes pruebas de que una parte de las obras de al-Bīrūnī y sus maestros, los autores de la «revolución trigonométrica», fueron conocidas en los círculos científicos de al-Andalus del siglo XI.

Finaliza el apartado dedicado a al-Andalus con “Ibn al-Haytham and Jābir b. Aflah’s criticism of Ptolemy’s determination of the parameters of Mercury” (VII). Se trata de un artículo preliminar a la tesis doctoral de J. Bellver (2007), citada en las *addenda*, sobre las críticas de Yābir b. Aflah al *Almagesto* de Ptolomeo, que presenta el caso concreto de Mercurio, por cuyos parámetros y modelos Samsó ya se había interesado anteriormente, como hemos visto en (IV).

En la segunda parte, dedicada al Mágreb, se profundiza en el conocimiento, hasta no hace muchos años bastante precario, de la historia de la astronomía, y especialmente de los *zīyēs* o tablas astronómicas, en esta zona del Norte de África. Para ello Samsó estudia las dos tradiciones más importantes que estas obras reflejan, la andalusí, en los siglos XIII y XIV (artículos VIII, IX y X) y la importación de los nuevos *zīyēs* orientales, a partir del XIV (artículos XI, XII y XIII). Tradiciones ambas que coexistirán y subsistirán en el Mágreb hasta bien entrado el siglo XIX.

El primer artículo de esta segunda parte, “The Computation of Planetary Longitudes in the *zīj* of Ibn al-Banna” (VIII), firmado en colaboración con E. Millàs, presenta un estudio de los cambios en el computo de las longitudes de los planetas que ofrece el *Minhāy al-Ṭālib fī ta’dīl al-kawākib* de Ibn

al-Bannā' al-Marrākušī (1256-1321). Un *zīy* magrebí, de tradición básicamente andalusí, basado en la obra tabular de Ibn Ishāq al-Tūnisī (c. 1193-1222). El interés del artículo radica, además, en el importante esfuerzo comparativo con las fuentes más importantes anteriores, contemporáneas y posteriores, tanto andalusíes como magrebíes.

El segundo artículo, "Andalusian Astronomy in 14th Century Fez: *al-Zīj al-Muwāfiq* of Ibn 'Azzūz al-Qusanṭīnī" (IX), título que intencionadamente trae inmediatamente a la mente el "Indian Astronomy in Fourteenth century Fez: the Versified Zīj of al-Qusanṭīnī" de E.S. Kennedy y D.A. King, se centra en la obra tabular de Ibn 'Azzūz (compuesta alrededor del 1318), quien aun dependiendo, como Ibn al-Bannā' de las tablas de Ibn Ishāq, las corrigió al comprobar, entre otras cosas, que los cálculos realizados para determinar el momento de la batalla de El Salado con estas tablas no se correspondían con la realidad histórica, una de las ventajas de levantar horóscopos retroactivos. Debido a esta y otras incongruencias detectadas, nuestro autor explica en el prólogo de sus tablas que se decidió a llevar a cabo cuidadosas observaciones astronómicas con ayuda de una esfera armilar, introduciendo de este modo una de las escasísimas referencias al uso de este instrumento en el mundo árabe occidental con fines básicamente prácticos. Se nos presentan pues aquí las primeras dudas que iban a terminar con la hegemonía de la astronomía andalusí para dar paso a la importación de las nuevas tablas orientales. Como es habitual en J. Samsó, el artículo va acompañado de abundantes tablas comparativas que ayudan extraordinariamente a situar las novedades presentadas. El artículo finaliza con un apéndice dedicado a la tabla de estrellas, en el que se aclara la problemática de los discutidos términos *al-mabda' al-dāṭī* y *al-mabda' al-Ṭabī'ī*, en la misma línea presentada por M. Comes en el XXth International Congress of History of Science de Lieja, en 1997 ("Some New Magribí Sources dealing with Trepidation", *Science and Technology in the Islamic World*, Turnhout, 2002). Ambos confirman la hipótesis planteada por esta última en "Deux échos andalous à Ibn al-Bannā' de Marrākush" (*Le patrimoine andalous dans la cultura arabe et espagnole*, Túnez, 1991), según la cual dichos términos corresponderían, respectivamente, a los principios sidéreo y trópico del cálculo de las longitudes.

La batalla de El Salado, antes mencionada, nos lleva al siguiente artículo, "Horoscopes and History: The Battle of El Salado" (X), cuyo título, una vez más, representa un homenaje implícito, remitiéndose esta vez al libro de John North *Horoscopes and History* (Londres, 1986). En este artículo Samsó estudia los cuatro horóscopos que aparecen en el epílogo de la segunda *maqāla* del *Kitāb al-fuṣūl* de Ibn 'Azzūz al-Qusanṭīnī, relacionados con la batalla de El Salado (30 de octubre de 1340), entre el rey Alfonso XI de Castilla y el sultán meriní de Fez Abū l-Ḥasan, cuyo levantamiento justifica en *al-Zīy al-Muwāfiq*, tal como acabamos de ver. Samsó concluye que dos de estos horóscopos fueron levantados de manera retroactiva, tal como hemos

señalado antes, y atendiendo a que el propio autor así lo indica, pero se pregunta si los otros dos pudieron ser levantados antes de la batalla, a petición del entorno del sultán Abū l-Ḥasan, lo cual plantearía una vez más el problema al que se enfrentaban algunos gobernantes islámicos, que oficialmente rechazaban la astrología, pero acababan recurriendo a ella cuando la necesitaban.

Llegados a este punto, y con una serie de análisis preliminares de *zīyēs* magrebíes ya trabajados y publicados, Samsó se enfrenta a la tarea de llevar a cabo una síntesis de la historia de la astronomía magrebí, especialmente en el campo tabular y entre los siglos XIII y XV, que pondrá al día el primer intento, loable por otra parte dados los escasos conocimientos disponibles en el momento, llevado a cabo por D.A. King, en los artículos citados en el texto y en los *addenda*, de los años 1988 y 1998. A este esfuerzo dedicará Samsó los dos siguientes artículos, “An outline of the History of Maghribī *zīyēs* from the End of the Thirteenth Century” (XI) y “Astronomical Observations in the Maghrib in the Fourteenth and Fifteenth Centuries” (XII).

En el primero de estos artículos se insistirá, con nuevos datos, en la decepción que el modelo andalusí de trepidación de los equinoccios, y consiguientemente el modelo derivado que trata de establecer un valor máximo y mínimo para la oblicuidad de la eclíptica, despierta en los astrónomos magrebíes de principios del XIV, al comprobar que los valores que proporcionan las tablas han quedado ya muy desfasados para su época. Éste pudo ser el motivo de la introducción, o por lo menos de la rápida aceptación, de las nuevas tablas orientales, que no contemplan un modelo de trepidación sino un valor anual de la precesión de los equinoccios, y que se ajustaban mejor a los nuevos cálculos de movimientos medios, en concreto del *Tāy al-Azyāy* de Ibn Abī l-Šukr al-Maghribī y del *Zīy al-Ŷadīd* de Ibn al-Šātir.

El segundo se centra en las observaciones que se realizaron en el Mágreb durante los siglos XIV y XV, que confirmaron el desacuerdo entre las tablas de tradición andalusí y la realidad observada. Las observaciones presentadas con detalle muestran que para la época tanto la precesión como la oblicuidad de la eclíptica habían sobrepasado los límites establecidos por los modelos de Azarquiel, invalidándolos de forma definitiva.

Finaliza este apartado con el artículo “On the Lunar Tables in Sanjaq Dār’s *zīj al-Sharīf*” (XIII), comenzando, de este modo, el análisis de unas tablas más tardías (1680), que constituyen una versión tunecina del *zīy-i Sulṭānī* de Ulugh Begh (1339-1449), el último *zīy* de la nueva tradición oriental introducido en el Mágreb. Este trabajo que ahora se inicia permitirá en el futuro llevar a cabo una síntesis completa de la astronomía tabular en el Mágreb, puesto que la realizada hasta la fecha abarca únicamente los siglos XIII, XIV y XV, como hemos visto.

El tercer y último grupo de artículos, quizás el más monolítico, se dedica a la transmisión del *Almanach Perpetuum* de Abraham Zacuto al mundo árabe. Se empieza por estudiar la traducción árabe del *Almanach*, “Abraham

Zacut and José Vizinho's *Almanach Perpetuum* in Arabic (16th-19th c.)" (XIV), y se sigue con su introducción en el Oriente (s. xv) y el Occidente musulmán (s. xvi). El primer artículo parte de los estudios que sobre la obra de Zacuto (1452-1515) han llevado a cabo Chabás y Goldstein Samsó estudiando sus traducciones y versiones árabes, las primeras de las cuales son prácticamente coetáneas, pues Mūsā Ŷālīnūs publica los cánones en *al-mašriq* en el 1506 y en *al-magrib*, aparece un siglo después la traducción del morisco al-Ḥaḡarī, de quien sabemos que abandonó la península el año 1599. Samsó documenta, por otra parte, traducciones, versiones y comentarios de esta obra en árabe, tanto en oriente como en occidente, hasta el siglo xix.

El segundo se dedica a comentar el problema que el término "romance", que aparece en la introducción del *Almanach Perpetuum*, planteó a los traductores árabes, que lo reproducen como *ramnaš*, *ramūnš* y otras variedades parecidas, y que a menudo intentan clarificarlo con las más disparatadas interpretaciones, como pensar que en lugar del nombre de una lengua se trata del nombre propio del traductor, del copista o del personaje que encarga la traducción.

Finalmente, el último artículo trata de la introducción del *Almanach Perpetuum* en *al-Mašriq*, especialmente Estambul, El Cairo y Yemen, así como la problemática que presenta su adaptación cultural, como ya habíamos visto en el artículo anterior con relación a *al-magrib*, pero en este caso en *al-mašriq* y respecto al uso del calendario solar, la era cristiana o la numeración occidental. Cabe decir que Samsó sospecha que los motivos que llevaron a la introducción de este almanaque en el Mágreb no debieron diferir mucho de aquellos que, como hemos visto, impulsaron a la aceptación de las nuevas tablas orientales y que, en sentido inverso, las traducciones de Zacuto introdujeron en el Mašriq nuevos y antiguos materiales andalusíes y magrebíes.

En definitiva, es un libro excelente desde todos los puntos de vista, al que si algún problema puede achacársele es que los *addenda et corrigenda* no son, a mi modo de ver, lo suficientemente completos. Una colección de artículos que abarca un período de diez años, requeriría bastante más que tres páginas para su puesta al día, aunque es posible que el autor no haya podido disponer de más espacio. Por poner algunos ejemplos, no hay ninguna adenda al artículo VI, cuando existen publicaciones posteriores que avalan en cierta medida la hipótesis planteada; falta en el VIII la mención al tercer *zīy* de Ibn al-Raqqām, o en el XI algunas publicaciones recientes sobre el *Tāy al-azyāy*. Por otra parte, es evidente que, aunque no se diga formalmente, los artículos más modernos aportan precisiones y novedades pertinentes a los más antiguos pero, aun así, se echa de menos una especificación al respecto, puesto que leído un artículo, el lector busca en este apartado las nuevas referencias y no necesariamente tiene por qué buscarlas en los demás artículos, si así no se le indica. El libro, por otra parte, ofrece unos índices utilísimos, de nombres y temas, de manuscritos y, muy especialmente interesante, por

ser tan poco habitual y tan importante en el campo que nos ocupa, de parámetros.

Para concluir, cabe decir que se trata del segundo de los volúmenes de *Variorum* del autor, el primero de los cuales, *Islamic Astronomy and Medieval Spain* (Aldershot, 1994), contenía artículos publicados entre 1977 y 1994, año a partir del cual arranca el actual (1994-2004). Estos dos volúmenes se complementan con otra recopilación de sus artículos más importantes, el libro de homenaje que le han dedicado sus compañeros del Grup Millàs Vallicrosa d'Història de la Ciència Àrab del Àrea de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Barcelona con motivo de su 65 aniversario, *Astrometeorología y astrología medievales* (Barcelona, 2008). Los tres libros ofrecen en conjunto la labor investigadora más destacada en el campo de la historia de la astronomía en el medioevo árabe-islámico occidental llevada a cabo durante los últimos 30 años por Julio Samsó y de ninguna manera cierran el círculo puesto que su fructífera producción actual y futura requerirá también ser compilada.

MERCÈ COMES

SANDERS, Paula, *Creating Medieval Cairo: Empire, Religion, and Architectural Preservation in Nineteenth-Century Egypt*, El Cairo, American University in Cairo Press, 2008, 216 pp.

Bellas reflexiones pueden sugerirle al historiador el encuentro con el presente del pasado por ellos estudiado. La monografía que consagra Paula Sanders a la invención moderna de El Cairo “medieval” es un ejemplo. Especialista en los rituales y ceremonias del Egipto fatimí, la historiadora ha quedado confrontada *in situ* a un caso de manual: la restauración torpe de los monumentos fatimíes de El Cairo emprendida a partir de los años 1980 por una rama del Islam ismā‘ilí, los Bohras Daudis, recientemente implantados en el país, que realizan este proyecto de restauración con fines religiosos. Sanders ha sido, además, testigo de las críticas virulentas que ha suscitado la naturaleza radical de la intervención realizada sobre los edificios, con gran refuerzo de mármol blanco y hormigón armado además de la relativa privatización de las mezquitas restauradas. La declaración o carta llamada “de Venecia” adoptada en 1964 y que hace autoridad en la materia en el plano internacional, dicta que toda operación realizada sobre un monumento histórico debe ser reversible y hecha en beneficio de usos adaptados al interés común; los puristas de las «buenas prácticas» de la restauración no han ahorrado esfuerzos en repetirlo. Los antagonismos que se han puesto de manifiesto a lo largo de este formidable asunto invitaban a visitar la historia de las actitudes adoptadas frente al patrimonio arquitectónico cairota. Paula Sanders ha hecho de ellas la materia de una amplia reflexión sobre las contingencias

de las representaciones de El Cairo histórico, las gamas de los determinantes que, al filo de la era colonial, los han configurado y las geografías inesperadas por las cuales han discurrido y continúan haciéndolo.

La capital egipcia se presta especialmente a una investigación de este tipo, no sólo por la cantidad de los edificios históricos existentes en su casco antiguo (cerca de ochocientos identificados en 1884, de los cuales subsisten hoy unos quinientos edificios civiles y religiosos), sino sobre todo por la envergadura de los trabajos que este patrimonio ha conocido a partir de 1860 y aún más después de la creación, en 1881, de un muy activo “Comité de conservación de los monumentos del arte árabe” integrado en parte por expertos europeos. Despejar de construcciones adventicias los entornos de las mezquitas, retroceso de los edificios frente a los nuevos alineamientos surgidos para ampliar las calles, desplazamiento de monumentos cuando se crean o amplían plazas públicas, reconstrucción en madera o en hormigón de partes ausentes o destruidas, añadidos modernos, instalación de nuevas baldosas con materiales reemplazados, transferencia a los museos de fragmentos y objetos frágiles; las intervenciones sobre los monumentos han sido numerosas y variadas hasta el punto en que han convertido a El Cairo “histórico” en una creación de los siglos XIX y XX, incluso cuando no se le aparece así al turista ni al profano.

Especialista de los textos más que de las piedras, Sanders ha emprendido no tanto la historia (que queda por hacer) de este considerable movimiento, sino el aclarar algunas de sus bases ideológicas y culturales y poner de manifiesto sus significados. El argumento está construido en cuatro fases. La primera muestra cómo la idea de un Cairo medieval, esencialmente mameluco (la casta de esclavos-soldados en el poder en Egipto entre 1250 y 1517) toma progresivamente cuerpo a fines del siglo XIX bajo el efecto conjugado de realidades locales e ingredientes exógenos. Entre estos últimos figura en primer lugar el trasplante a Egipto, a partir de 1869, del ideal francés de la conservación patrimonial con su proceso de inclusión y exclusión de edificios a conservar dictado por los conocimientos técnicos. El corolario sería un tratamiento desigual de los monumentos en detrimento, por ejemplo, de aquellos pertenecientes al período otomano (1517-1798). Interviene también, por parte de los británicos, un imperativo de conocimiento del arte monumental egipcio que entonces se entendía como matriz de la arquitectura india (!). Los factores locales resultan de las prácticas de conservación arquitectónica relevantes de la institución musulmana del *waqf*, y la continuidad estilística impuesta por los Otomanos a sus edificios en Egipto (la mayor parte de las veces sólo el minarete permite diferenciar una mezquita mameluca de una otomana). Es decir, que antes que el reinado del khdiva Ismā‘il (r. 1863-1879) (re)lanzara la moda de la arquitectura neo-mameluca, ésta tenía ya una larga tradición local. El Cairo “medieval” nace así de la superposición de sistemas diferentes con lógicas propias, en ocasiones antagónicas.

El segundo capítulo pone luz sobre el sustrato religioso que irriga este imaginario “mameluquizante” y en particular las representaciones muy negativas que las autoridades británicas, en el poder desde 1882, tenían del Islam egipcio. A sus ojos, el Islam era una religión incapaz de reformarse, y además no era deseable que lo hiciera. La renovación propuesta por los reformistas musulmanes seguidores de Muḥammad ‘Abduh no gozaban de su favor. Unas palabras terribles de Lord Cromer, el alto comisario inglés en Egipto entre 1882 y 1907, citadas por Sanders expresan la extensión del rechazo: el grupo reformista habría reunido individuos que eran «a la vez musulmanes desislamizados y europeos desvertebrados» (p. 80). Éstos, por su parte, sentían poco interés por los santuarios históricos que, por causa de incendios, terremotos o extinción de las rentas de los *waqf*, habían quedado fuera del curso habitual de la vida religiosa de la ciudad y no se oponían a su desaparición si lo exigía el progreso urbano. A través de lo religioso se abre una brecha entre las posiciones relativas a la preservación de los monumentos históricos de El Cairo.

El capítulo siguiente, uno de los más estimulantes del libro, inscribe el proceso de medievalización de El Cairo en otro contexto bien diferente, el contexto literario que se desarrolla en torno a la búsqueda de una versión “completa” (en el siglo XIX) y luego “original” (en el XX) de las *Mil y una noches* en contrapunto a la edición francesa establecida por Galland en 1704-1717 a partir de manuscritos sirios. La conexión es todavía más tentadora si tenemos en cuenta que en el siglo XIX El Cairo es considerado la ciudad de las *Mil y una noches*. Siguiendo las tribulaciones complejas de esta obra de compilación a través de los tiempos y de las traducciones, Sanders detecta un modelo recurrente en el proceso de apropiación del patrimonio inmaterial del Oriente Medio que se aplica igualmente al patrimonio material: un sistema que funciona por “amalgamaciones” sucesivas, por eliminaciones o asimilaciones que pronto se hacen imposibles de captar como tales por las audiencias y que obtienen su autoridad de la erudición europea. Las élites intelectuales europeas no sólo se sienten animadas por una sed de “autenticidad” a finales del XIX comienzos del XX, sino que además se instauran como garantía y como guardianes celosos del patrimonio clásico del mundo árabe y musulmán. El procedimiento resulta a veces en la difuminación de la factura otomana. La fuente de ‘Abd al-Raḥman Kaḍkūda, *Sābi’ l-kuttāb* (fuente superpuesta por una escuela coránica) de arquitectura compuesta de elementos mamelucos y otomanos se convierte así en uno de los iconos de El Cairo medieval, uno de los monumentos más reproducidos en las secciones egipcias de las Exposiciones Universales, cuando en realidad se trata de un monumento mucho más tardío (1744). Por un proceso equivalente, una lámpara mameluca en metal incrustado en plata proporciona en 1906 el modelo de una copia destinada al Taj Mahal, ya que el «estilo (de este objeto) es indo-sarraceno, es decir, árabe en realidad» que declara doctamente el virrey de las Indias, Lord Curzon.

Estas contextualizaciones imbricadas permiten considerar con una mirada nueva el giro más reciente que ha tomado en El Cairo la cuestión de la conservación del patrimonio, tema de la cuarta parte del libro reseñado. En ella, la autora examina la apropiación de los edificios fatimíes de El Cairo por parte de los Bohras Daudis y las intervenciones de los que se ciñen a la ortodoxia patrimonial defendida por la Unesco y por el Centro del Patrimonio Mundial. La particularidad de esta comunidad de šī‘fes ismā‘īlies, originarios del Gujarat (Noroeste de la India) que viven esencialmente del comercio, radica en la devoción a un linaje de jefes religiosos que se remonta a hindúes convertidos en tiempos del califa fatimí al-Mutanşir en la segunda mitad del siglo XI. A partir de 1797, su jefe supremo hizo del retorno a El Cairo y a las raíces fatimíes de la fe Bohra una marca de identidad y un factor de cohesión de una comunidad que se había dispersado por todo el mundo a través de los circuitos comerciales del Imperio Británico, y que cuenta hoy con un millón de fieles repartidos por todos los continentes. Este proyecto se ha traducido, en el plano arquitectónico, por un lado en la inversión en los lugares santos fatimíes de El Cairo, obteniendo del gobierno egipcio el permiso de encargarse de la restauración, y por otra parte, la producción de una estética neofatimí utilizada tanto para la construcción de nuevos lugares de culto Bohra a través del mundo y de los decorados de sus ceremonias, como en tanto que carta de presentación gráfica de las publicaciones de la comunidad, etc. La promoción de esta identidad visual fatimí ha llevado a los Bohras a hacer desplazar un mausoleo mameluco cuya construcción, adosada a la fachada de la gran mezquita de al-Hākīm, turbaba de algún modo la integridad de su principal lugar de peregrinación. Por su parte, los defensores locales de «El Cairo islámico» clasificado en las listas del Patrimonio mundial en 1979, en quien Sanders ve con razón a los herederos no reconocidos del Comité de conservación de los monumentos de arte árabe, militan por una reconversión de los monumentos en función de su estado de conservación y no de la significación que tal o cual edificio pudiera tener para un grupo o una minoría determinada. Sanders deconstruye con fineza la retórica doctrinaria desarrollada en diversos soportes por este medio de activistas sostenido por la red internacional de especialistas conectados con el Centro del Patrimonio mundial amparado por la Unesco, cuyos presupuestos defiende. Sanders pone de manifiesto la vulgata nacionalista que sirve de armadura implícita a su discurso y, prosiguiendo su lectura de las posiciones adoptadas, concluye que los Bohras y los puristas del patrimonio representan posturas irreconciliables pero que sus puntos de vista son tributarios, de forma idéntica, de una experiencia colonial y de su naturalización: la promoción de la arquitectura indo-sarracena venida del contexto colonial indio para los primeros; la canonización de El Cairo medieval producida en el contexto cuasi-colonial egipcio para los segundos. Y es importante a sus ojos definir estas descon- textualizaciones puesto que «la construcción, canonización y preservación

de El Cairo medieval ha dependido —y continúa dependiendo— de descontextualizaciones de diverso orden» (p. 147).

El proyecto de historización de El Cairo medieval propuesto por la autora y las conclusiones que obtiene resultan convincentes. Las conclusiones llaman también a superar las historiografías nacionalistas que siguen integrando el modo mayoritario de escribir la historia. Las conexiones que establece entre los campos arquitectónicos y literarios así como las prácticas coloniales en Egipto y en la India, las temporalidades coloniales y poscoloniales, son originales y bienvenidas. El lector no especialista tendrá sin duda dificultades en seguir ciertos desarrollos un poco arduos del libro que está, por otra parte, pobremente ilustrado, lo cual no siempre facilita la comprensión cuando se trata, por ejemplo, de un género tan mal conocido como es la arquitectura doméstica Bohra. Las historias maravillosas que salpimentan el libro agudizarán la curiosidad del especialista, pero corren el riesgo de no saciarla. La famosa lámpara mameluca copiada para el Taj Mahal en 1906 no es otra que la lámpara atribuida a Baybars II (1309/1310) y figura a partir de 1877 en varias publicaciones ilustradas (Prisse d'Avennes, Lane-Poole), suscitando de paso y muy concretamente el papel de las imágenes, de los «lugares comunes» visuales en la fábrica paradigmática de El Cairo medieval y de las cuales nada se dice en este libro. Los especialistas en El Cairo se quedarán un poco desconcertados por el recurso casi exclusivo a fuentes de segunda mano cuando abundan los archivos (para empezar, los del propio Comité de conservación de los monumentos del arte árabe). Lo cual es incurrir en el riesgo de privilegiar la argumentación en detrimento de sus fundamentos empíricos y de reproducir errores factuales y la información aproximativa de lo que se da por sentado. Los textos franceses de los años 1880, por ejemplo, no están siempre debidamente comprendidos. Es verdad que no son fáciles de leer y de apreciar sacados de su contexto nacional (aquí también cuenta el contexto). En particular los combates contra el «vandalismo restaurador» del clero francés que representa un eslabón mayor del debate trasplantado al terreno egipcio, se le han escapado a la autora. Es verdad también que Sanders se ha apoyado casi exclusivamente en bibliografía anglosajona (y además un poco anticuada) y no ha recurrido a trabajos franceses que, siguiendo las vías abiertas por el historiador Robert Ilbert han cuestionado, desde 1983, la pretendida «inmutabilidad» de la ciudad milenaria [Robert Ilbert, “Le Caire a-t-il une médina?” en Signoles, P. y Troin, J.-F. (dirs.), *Présent et avenir des médinas*, Tours, Urbama, 1982, pp. 263-281] han sido consagrados a El Cairo y a su patrimonización desde una perspectiva cercana a la de la autora. Es de lamentar sobre todo que, a pesar de la ambición teórica del libro, la bibliografía se reduzca a las preocupaciones del ámbito orientalista o de estudios orientales si se prefiere, y que por ello no se establezca discusión por ejemplo, con la perspectiva de «invención de la tradición» desarrollada hace tiempo, y muy productivamente, por Hobsbawm y Ranger (1983) y en la que hacen inmediatamente pensar las situaciones ana-

lizadas aquí. Pero es propio de los libros que cuentan el suscitar expectativas y frustraciones. Éste abre múltiples pistas y será importante sin duda tanto para el conocimiento de El Cairo historicizado como para la comprensión de los mecanismos del hecho patrimonial.

MERCEDES VOLAIT

VALÉRIAN, Dominique, *Bougie, port maghrébin, 1067-1510*, Roma, École Française de Rome, 2006, Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome, 328, 796 pp.

AMRI, Nelly, *La Sainte de Tunis. Présentation et traduction de l'hagiographie de Aïsha al-Mannûbiyya*, París, Sindbad, 2008, 302 pp.

El colapso del imperio almohade fue seguido por la aparición de nuevas dinastías que se repartieron el territorio anteriormente unificado por los califas mu'miníes. Los nazaríes acabaron haciéndose con el poder en la reducida área de la Península Ibérica en la que pervivía el Islam tras el gran avance conquistador hacia el sur llevado a cabo por Fernando III y Jaime I, los meriníes gobernaron en una zona que corresponde aproximadamente al actual Marruecos, los 'abd al-wādíes controlaban Tremecén y las regiones circundantes, mientras que Túnez y la zona del Constantinado quedó en manos de los ḥafṣíes. De entre todas esas dinastías fueron los ḥafṣíes quienes basaron su legitimidad en la continuidad del mensaje originario de Ibn Tūmart, por algo eran descendientes de uno de los Compañeros del Mahdī almohade, Abū Ḥafṣ 'Umar al-Hintāī. Aunque la continuidad con el mensaje almohade sufrió un considerable deterioro en gran medida a causa del “renacimiento” malikí impulsado por Ibn 'Arafa (716/1316-803/1401) y a pesar de las poderosas fuerzas centrífugas a las que tuvieron que hacer frente, los ḥafṣíes lograron sobrevivir durante tres siglos (627/1229-932/1526). Robert Brunschvig achacó esta llamativa duración a la saneada situación financiera que lograron mantener durante su reinado y en la que jugó un papel importante el comercio con la Corona de Aragón, las ciudades italianas y Sicilia, y naturalmente la práctica del corso. La capacidad de los emires ḥafṣíes para captar la benevolencia de los santos y aprovechar su *baraka* también ayudó a hacer aceptable su gobierno entre las masas.

Es a Robert Brunschvig a quien debemos la historia de los ḥafṣíes que sigue siendo todavía obra de referencia indispensable, a pesar de que fue publicada hace más de medio siglo (*La Berbérie orientale sous les Ḥafṣides, des origines à la fin du XVe siècle*, 2 vols., París, Maisonneuve, 1940-1947) y a pesar de que desde entonces han aparecido monografías valiosas —obra sobre todo de autores tunecinos— que arrojan luz sobre aspectos específicos de la época ḥafṣí.

El estudio de Dominique Valérián sobre la ciudad portuaria de Bujía se basa en un conocimiento de primera mano tanto de las fuentes primarias como de la bibliografía existente sobre la zona escrita tanto en árabe como en lenguas occidentales. Es un estudio dentro de la mejor tradición francesa, la que nos ha legado obras de la categoría de la ya mencionada de Robert Brunschvig. No tengo duda alguna de que nos hallamos ante un estudio que tendrá la misma longevidad e impacto. El tratamiento que ofrece es exhaustivo. Tras un apartado introductorio dedicado a las fuentes, el estudio consta de tres partes. En la primera, dividida en tres capítulos, se analiza cómo se estructura Bujía y su territorio como polo regional, pasando revista a la historia política de la zona y a su característica más acusada, el vaivén entre dependencia de Túnez y autonomía, así como a la relación existente entre la ciudad y su entorno, prestando especial atención al papel de las tribus y a los recursos naturales. La segunda parte, también dividida en tres capítulos, está dedicada a Bujía como puerto mediterráneo, analizando tanto su organización (instalaciones, grupos humanos, prácticas comerciales, instrumentos monetarios) como el tráfico de mercancías importadas y exportadas, así como la piratería. La tercera parte, dividida en dos capítulos, muestra la fuerte dependencia de Bujía tanto de los mercaderes cristianos como de la política europea y nos brinda una indispensable perspectiva local desde la cual asistir a las grandes transformaciones que se produjeron en el mundo mediterráneo entre los siglos XI y XVI. Tablas dinásticas, cuadros genealógicos, relación de tratados de paz y comercio, ilustraciones, mapas, cuadros relativos a las actividades económicas y un cuidado índice completan una obra que, insisto, ha venido a enriquecer considerablemente nuestro conocimiento de una zona importante del Magreb y de una época de gran florecimiento comercial en el Mediterráneo, antes de que la Era de los Descubrimientos introdujera cambios vertiginosos.

La revitalización de las costas norteafricanas comenzó sobre todo en época almohade y continuó bajo los hafşíes, quienes tuvieron como capital la ciudad de Túnez. Allí se sitúan las peripecias vitales de ‘Ā’iṣa al-Mannūbiyya (m. 665/1267), una extraordinaria mística de la que se conserva una hagiografía ahora traducida al francés por vez primera. Dicha traducción y el estudio que la acompaña salen de la pluma de Nelly Amri, reputada especialista del sufismo norteafricano —y especialmente tunecino—, a quien debemos títulos indispensables al respecto, entre ellos otro aparecido también en 2008, *Le Culte des saints en islam: les messagers de l’espérance. Sainteté et eschatologie au Maghreb aux XIVe et XVe siècles* (París, 2008). Lo que nos dice la hagiografía de la santa de Túnez resuena con aires familiares para quien haya leído otros textos parecidos: la santa provoca muertes por causas que no dejan de estremecernos, habla de sí misma y del alto grado que ocupa entre los santos sin reparo alguno («Dios me ha amado; Él me ha elegido; Él me ha escogido (...) Yo soy el Polo de los Polos (...) Dios me ha entregado el Arca de la Salvación»), acaba con tiranos y gentes injustas, exhorta a la cari-

dad, rehúsa aquello que ha sido obtenido con medios ilícitos... Pero si estamos habituados a leer textos de ese tipo atribuidos a hombres, no es tan corriente —aunque hay naturalmente precedentes— que tengan como protagonista a una mujer. El estudio de Nelly Amri nos ofrece las coordenadas históricas y tipológicas precisas para entender la hagiografía de la Santa de Túnez. Como bien dice la autora, ‘Ā’iša al-Mannūbiyya encarna la figura de la perfecta “arrebataada” en Dios que transgrede las normas de la letra de la ley (*zāhir*), impone su autoridad tanto al gobernante como a los ulemas y reivindica el vicariado de Dios sobre la tierra, poniendo de relieve la vitalidad y riqueza de los modelos femeninos de perfección humana en el mundo islámico.

MARIBEL FIERRO